

# Tras el recuerdo

Julie Elizabeth Leto

eit

e<sup>lit</sup>

TRAS EL RECUERDO  
JULIE LETO

 HARLEQUIN™

# Índice

[Tras el recuerdo](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

### Argumento:

*Había tres cosas que le llenaban la cabeza: el dinero, los libros... y el sexo.*

*Afortunadamente, eran tres cosas que no le faltaban a la escritora de libros románticas Sydney Colburn, pero ahora quería más. Por eso decidió buscar al único hombre al que no había podido olvidar, su ex amante Adam Brody. Pero, para él, ella no era tan memorable...*

*Después de un terrible accidente, Adam acababa de empezar a recuperar su vida normal y lo último que esperaba era encontrarse con la peligrosa pelirroja que siempre llevaba la palabra «seducción» escrita en los ojos. Por mucho que Sydney afirmara que en otro tiempo habían tenido un tórrido romance, él no la recordaba, ni eso ni ninguna otra cosa....*

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2003 Julie Leto Klapka  
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Tras el recuerdo, n.º 126 - septiembre 2018  
Título original: Brazen & Burning  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-904-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Capítulo 1

Sydney Colburn abrió la puerta principal de la casa para detener el golpeteo infernal. La brillante luz exterior la cegó tanto, que se echó hacia atrás y dio un traspié, pero consiguió aferrarse al pomo de la puerta y mantuvo el equilibrio. No encontró una maldición lo suficientemente dura como para expresar su ira, de modo que se limitó a gruñir.

—¿Siempre estás tan contenta al mediodía o es que te alegras de verme? —bromeó la responsable de sus desdichas.

Sydney entrecerró los ojos para protegerse de la luz y descubrir quién había tenido el atrevimiento de aparecer en su casa con tanta energía mientras ella sufría una terrible resaca. Pero su enfado se aplacó al distinguir la mirada de Cassie Michaels; sus ojos eran de color azul zafiro y poseían la típica inocencia de una joven de diecinueve años.

Sydney sabía que aquel gesto de inocencia no era del todo falso. Pequeña y de pelo negro con trenzas, le recordaba a la Mary Ann de Gilligan; tenía la costumbre de hacerse la inocente, pero la conocía desde hacía tiempo y no se dejaba engañar.

Sin embargo, la dejó entrar. A fin de cuentas era la sobrina de su mejor amiga, quien había sido indirectamente responsable de su exceso alcohólico de la noche anterior.

—Cierra la puerta o te demostraré hasta qué punto me entusiasma tu presencia —dijo Sydney con un leve tono de amenaza.

Sydney se maldijo entonces por haber mezclado bebidas en su noche de parranda. Ni siquiera recordaba si había tomado vodka y ron o tequila y ginebra; solo sabía que le habían añadido algo de

color rosa, probablemente granadina o zumo de arándanos.

Cassie la siguió a la cocina, y cuando Sydney abrió el frigorífico para buscar algo que aplacara su sed, sintió náuseas y se alegró de no haber desayunado porque lo habría vomitado todo.

— ¿Te divertiste anoche?

Sydney estuvo a punto de gruñir de nuevo, pero no lo hizo porque detestaba ser redundante.

— ¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó a la joven.

— La tía Devon me pidió que viniera a ver si te encuentras bien.

— Mentirosa. Devon se ha marchado de luna de miel.

Cassie tomó una silla para sentarse, pero al separarla de la mesa la arrastró por el suelo y produjo un chirrido que aumentó el dolor de cabeza de Sydney.

— Anoche bebiste más que todos los amigos del novio juntos. Y me preocupa un poco que esa manera de beber sea tu forma de afrontar que eres la última mujer soltera de tu círculo de amigos.

Sydney se sentó junto a su joven amiga. No tenía intención de dar explicaciones a Cassie. Además, no habría sabido qué decir. No estaba dispuesta a aceptar que se había emborrachado porque no había ningún hombre en su vida y porque ya no tenía ninguna amiga soltera.

— Déjame que lo adivine —dijo Sydney, con ironía—. Estás estudiando psicología popular en Tulane.

— No, pero he leído muchos libros de psicología y además tengo diecinueve años, lo que me convierte en una especialista en cualquier materia, ¿no recuerdas tus diecinueve años?

Sydney no recordaba la noche anterior y difícilmente podría haber recordado lo sucedido trece años atrás. Además, había hecho todo lo posible por olvidar la mayoría de los recuerdos de su adolescencia; habían sido años de formación, en los que sufrió tanto y cometió tantos errores, que prefería no revivirlos.

Poco antes de cumplir veintiún años, Sydney tomó la decisión de

vivir su vida sin sentimientos de culpa y romper con la férrea educación de Nueva Inglaterra que había recibido. Comenzó a hacer lo que quería y cuando quería, y a decir la verdad aunque la gente no quisiera. Invirtió en bolsa como si jugara en un casino y ganó. Y acto seguido escribió novelas románticas inmensamente populares, con protagonistas femeninas fuertes e inteligentes que podían dominar a cualquier hombre. En cuanto a las relaciones personales, se buscaba algún amante cuando surgía la ocasión y mantenía aventuras intensas y sin compromiso emocional alguno.

Durante los diez últimos años, su estilo de vida le había dado muchas alegrías.

Había terminado la carrera, se había convertido en una novelista reconocida y había conseguido un pequeño pero leal grupo de amigos que la aceptaban tal y como era. Además, su vida sexual era tan satisfactoria, que las protagonistas de sus novelas se habrían muerto de envidia.

Sin embargo, la noche anterior se había convertido en la última soltera de su grupo de amigos; Cassie era la única excepción, pero era demasiado joven y, por si fuera poco, estaba saliendo con un chico de la universidad. Hasta cabía la posibilidad de que en poco tiempo se viera obligada a asistir a su boda, aunque fuera trece años menor que ella.

Sydney intentó convencerse de que aquello no le importaba, de que no había bebido demasiado porque se sintiera sola. Al fin y al cabo, nunca había tenido intención alguna de casarse.

Se dijo que había bebido porque era lo único que podía hacer. Su vida había cambiado de repente, pero el cambio no estaba relacionado con la boda de Devon. Bien al contrario, se alegraba sinceramente por su amiga. Como responsable legal de Cassie, Devon Michaels se había pasado casi toda la vida cuidando de su sobrina, aun a costa de su propia felicidad. Además, a Sydney le agradaba pensar que había tenido algo que ver en la relación de su

amiga y también escritora con Jake Tanner, el expolicía con quien acababa de casarse. Los había animado desde el principio y no se arrepentía de ello.

No. La vida de Sydney Colburn había cambiado a las cinco en punto de la tarde del miércoles, tres días antes de la boda, simplemente porque había llegado a la cumbre de su carrera. Su último libro, una novela romántica que se desarrollaba en los páramos de Escocia, había alcanzado el primer puesto en la lista de los más vendidos del *New York Times*.

Cassie llevaba el periódico encima, de modo que lo abrió cuidadosamente sobre la mesa de la cocina y dijo:

—Felicidades. Tengo entendido que la semana pasada tuviste un gran éxito literario.

—Eso parece —refunfuñó Sydney.

Sydney había soñado con aquel día desde que supo de la existencia de listas de los más vendidos. Acceder a ellas suponía un éxito editorial de tal calibre que los títulos de las novelas y los nombres de los autores aparecían en el diario más prestigioso del país.

—La tía Dev comentó que era el sueño de tu vida.

—Yo no diría tanto. Cuando era una niña, no soñaba con esas cosas —dijo Sydney—. Mi principal ambición en aquella época era tener una muñeca con un coche descapotable.

—Bueno, ahora tienes un coche descapotable. Tal vez exista algún tipo de conexión entre las dos cosas...

—¿Tú crees? —preguntó Sydney, arqueando una ceja.

Cassie suspiró y Sydney miró a su alrededor; sabía que en algún lugar de la casa tenía una botella de ron o de tequila. No bebía mucho, pero cuando lo hacía, lo hacía de verdad. Sin embargo, lo único que le apetecía realmente en aquel momento era librarse de la joven.

—Está visto que, cuando te marcas un objetivo, te lo marcas en

serio —dijo Cassie.

Parecía evidente que Cassie estaba decidida a continuar con aquella conversación aunque ella no quisiera, pero se dijo que tal vez no estuviera tan mal; a fin de cuentas, no tenía a nadie con quien hablar del asunto.

Devon se encontraba de luna de miel y no había más escritoras en su círculo de amigos. El resto de sus conocidos la apoyaban profesionalmente comprando sus libros e incluso recomendándolos, pero no entendían su trabajo. Aunque supieran que ser escritor no tenía mucho que ver con la imagen romántica que daban los medios de comunicación, les parecía un trabajo envidiable y no veían nada negativo en él. Solo veían que escribía novelas para vivir y que era famosa. No comprendían que se sentía totalmente perdida.

Lamentablemente, tampoco estaba segura de que Cassie la comprendiera; conocía muy bien el mundillo literario porque había crecido con Devon, pero no podía esperar que entendiera algo que ella misma no entendía. Había conseguido todos sus objetivos, y sin embargo, no era feliz. En lugar de saltar de alegría y de tomar un avión a Nueva York para festejar el éxito con su editor, estaba profundamente deprimida. Y le dolía la cabeza.

—No quiero hablar de eso, Cassie.

—Empiezas a sonar como mi madre.

—Dime una cosa... ¿Has venido aquí para apoyarme, o para insultarme?

La madre de Cassie era Darcy Wilde, una cantante de *rock and roll* que había ganado el premio Grammy. Era una mujer tan agresiva que Madonna parecía una niña inocente a su lado. Además, Madonna había criado personalmente a sus hijos y Darcy había dejado a Cassie al cuidado de su hermana Devon para seguir con su alocada vida. Siempre había alguien que comparaba a Sydney y a Darcy por su actitud abierta hacia el sexo y los hombres, pero ninguna de las dos se lo tomaba como un cumplido. Básicamente, se despreciaban.

—Por si no lo sabías, a mi madre le gustas —dijo Cassie.

—¿Debo sentirme halagada por eso?

También le gusta llevar agujeros en sitios estratégicos de sus camisetas, y enseñar los pezones en el escenario.

Cassie rio.

—A Darcy le gusta provocar a la gente. Y a ti también.

—En eso te equivocas. Para que te guste provocar a la gente, te tiene que importar lo que la gente piense de ti. Y a mí no me importa en absoluto.

Cassie carraspeó y asintió.

—Sin embargo, aparecer en la lista de los más vendidos del *New York Times* sí te ha importado —observó la joven—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Mantener una apasionada aventura sexual —respondió.

—¿Cómo? ¿Bebiendo hasta reventar?

—No tengo intención alguna de darme a la bebida. Estaba pensando en pasarme por la playa, flirtear con algún hombre y vivir una interesante experiencia sexual.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Sydney se había permitido una aventura sexual. Demasiado tiempo. Intentó recordar nombres y caras, y el primero que le vino a la mente fue Adam Brody, un hombre enormemente atractivo, de ojos castaños. A pesar de que había perdido su rastro el año anterior, su memoria aún la asaltaba de vez en cuando, en los momentos de debilidad.

—No debería hablar contigo sobre mi vida sexual —dijo Sydney.

—¿Es que te avergüenzas de ser tan liberal en materia de sexo? —preguntó Cassie.

—Yo no me avergüenzo de nada —aseguró Sydney—. Me gusta mi forma de vivir, pero mis decisiones no son necesariamente válidas para los demás.

Cassie se levantó y se dirigió al frigorífico. Lo abrió y echó un vistazo a su interior; justo entonces, Sydney cayó en la cuenta de que

la joven se había maquillado.

Conocía a Cassie desde hacía años y hasta entonces siempre había despreciado la estética; se vestía con ropas cómodas pero poco atractivas y raramente se molestaba en cepillarse el cabello. Hasta prefería ir a la ópera o a ver un partido de hockey antes que ir a fiestas con sus amigos. Y de repente, sin embargo, se había maquillado.

El rumor de que tenía un novio debía de ser cierto. Ahora ya no le extrañaba que estuviera tan interesada en su vida, porque sabía que las adolescentes enamoradas podían ser muy entrometidas.

Cassie sacó una botella de zumo de naranja y cerró la puerta del frigorífico.

—Vive tu vida como quieras, Sydney —dijo la joven—. Gracias a ti y a mi madre, sé tanto sobre vidas apasionadas y salvajes, que no necesito vivir personalmente determinadas experiencias.

Sydney arqueó una ceja y la observó mientras Cassie servía el zumo en dos vasos y devolvía la botella al frigorífico.

Siempre la había tenido por una joven muy madura, pero a pesar de todo, seguía sorprendiéndola; tal vez porque tendía a subestimarla.

—¿Estás segura? La mayoría de las chicas de tu edad están locas por llevar una vida como las nuestras.

—Bueno, solo puedo decir que gracias a vosotras estoy inmunizada contra esas cosas.

Cassie sacó una caja de aspirinas de uno de los armarios de la cocina y se las dio junto con el zumo. Sydney se tomó dos.

—Me alegra saberlo.

—Tienes muy mal aspecto —comentó Cassie mientras se sentaba de nuevo—. ¿Lo sabías?

—Sí, no es ninguna sorpresa.

—Tal y como estás, tal vez deberías olvidarte de tener una aventura apasionada con un desconocido.

Sydney rio.

—Tienes razón.

Cassie se recostó y apoyó los pies en una silla vacía.

—Mamá me regaló una sesión de masajes en Safety Harbor y todavía no he utilizado el vale. Seguro que nos pondrían a tono en muy poco tiempo, teniendo en cuenta que eres una autora famosa que ha aparecido en el *New York Times*.

—Sí, claro, y teniendo en cuenta también que tu madre es Darcy Wilde —comentó con ironía.

—Sea como sea, estaría bien.

La idea le pareció tentadora a Sydney, pero sabía que después de los masajes y de los cuidados diversos se sentiría igual que durante los cuatro últimos días. No sabía qué hacer con su vida.

En realidad no era la primera vez que salía en las listas de los más vendidos; aparecer unas cuantas veces en la lista había servido para que su agente le consiguiera un contrato multimillonario con la editorial. Al principio, el reconocimiento público le había encantado. Nadie habría podido imaginar que alcanzara la fama en tan poco tiempo. Sin embargo, ahora se sentía perdida, se sentía un fraude.

—Sé que no tengo derecho a sentirme deprimida —confesó Sydney.

—Todo el mundo tiene derecho a sentirse deprimido, incluso si las cosas le van bien —dijo Cassie.

Sydney sonrió.

—Debería estar saltando de alegría, lo sé. No tiene sentido que me sienta perdida precisamente cuando acabo de conseguir lo que más deseaba. Debo de estar loca.

—Tal vez si tuvieras a alguien con quien compartir tu victoria...

—Ya la he compartido, cariño. Con Devon.

—Sí, pero estaba tan concentrada en su boda, que tenía otras cosas que celebrar.

—Bueno, también llamé a mi madre.

—¿Y?

—Ha llamado a todas sus amigas del club de campo. Quieren que hable en su reunión del mes que viene.

—¿Es que no lo has hecho antes?

—No, porque me prohibieron que hablara de sexo.

—¿Y ahora te lo permiten?

—Claro. Ten en cuenta que he alcanzado el número uno en la lista de los más vendidos. Ahora puedo hablar sobre cualquier tema, por soez que sea, y decir prácticamente lo que quiera. Me he ganado el derecho a comportarme de forma excéntrica.

—Eres excéntrica desde que te conozco. Pero cuando se tienen menos de sesenta y cinco años, la gente suele utilizar otra palabra para definir tu comportamiento.

—No la menciones.

—No lo iba a hacer.

—Bueno, la cuestión es que ya he compartido mi triunfo con la gente que aprecio —dijo Sydney, retomando el tema—. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Buscarte otro objetivo.

Sydney negó con la cabeza. No sabía lo que fallaba en su vida. Tenía el mejor trabajo del mundo; todos los días pasaba horas escribiendo, creando historias de amor y sexo, y le pagaban por ello aunque no necesitaba el dinero para sobrevivir: había heredado una pequeña fortuna y podría vivir como una reina sin volver a escribir ni una sola palabra.

Cuando recibió el primer tercio de su herencia, a los dieciocho años, decidió invertirla en acciones; cuando recibió el segundo tercio, ya había doblado el valor de su inversión y por si fuera poco se había convertido en una escritora famosa.

Entonces supo que tenía talento para tres cosas: la historia, el sexo y el dinero.

Como autora de novelas históricas románticas, había combinado

esas aptitudes y las había convertido en una carrera brillante. Incluso le agradaba ser famosa y aparecer en radio y televisión, aunque eso implicara no poder ir al supermercado o a unos grandes almacenes sin que la acosaran.

Además, trabajaba en la dirección de una fundación que se dedicaba a alfabetizar gratuitamente a vecinos de los barrios más desfavorecidos.

—¿Qué hago ahora, Cassie? Debo de ser la única mujer de la tierra que ha conseguido todo lo que deseaba antes de cumplir los treinta y dos. Debería estar contenta.

Cassie negó con la cabeza.

—No tanto.

—¿Qué quieres decir con eso?

Otra persona tal vez habría optado por evitar aquella conversación, pero Cassie poseía la confianza e inocencia típicas de su edad, así que fue totalmente sincera con ella.

—A primera vista tienes una vida maravillosa. Tienes dinero, amigos y un trabajo magnífico.

—Y la fundación. No olvides la fundación.

Cassie sonrió.

—Sí, ya lo sé, también trabajas para los demás. Has sido muy cuidadosa y has organizado tu vida con suma precisión.

—Eh, no me insultes. Yo no organizo nada. Hago las cosas según me apetece.

Cassie frunció el ceño.

—Sé que te gusta pensar eso —dijo.

—¿Cómo que me gusta pensarlo? Soy famosa por comportarme sin orden ni concierto. Pregunta a tu tía. Siempre me critica por esa razón.

—Eso es porque la tía Devon ha elevado la organización y la planificación a la categoría de religiones. En comparación con ella, eres un desastre. Pero en comparación con la inmensa mayoría de las

personas, eres tan organizada, que has conseguido el número uno en la lista de los más vendidos en un tiempo récord. ¿No es cierto?

Sydney no pudo negarlo. Tenía razón.

—Sin embargo —continuó Cassie—, no hay ningún hombre en tu vida.

Sydney gimió y pensó que aquel comentario confirmaba sus sospechas. Cassie estaba enamorada y quería compartir su alegría. Pero hablar de esos temas no le apetecía en absoluto.

—Dios me salve de ser la protagonista de una novela romántica —observó Sydney, con cierto dramatismo—. ¿Recuerdas ese comentario de Jerry Maguire? Pues bien, yo no necesito un hombre para estar completa. Además, será mejor que dejes de pensar de esa forma o destruirás todo lo que ha conseguido el feminismo.

Cassie rio, pero a Sydney no le resultó nada divertido. No le parecía un tema de conversación gracioso.

—Llámalo nuevo feminismo si quieres. No estoy diciendo que necesites un hombre para sentirte completa, pero te vendría bien sentir algo más fuerte. Necesitas una experiencia emocional a la altura de tu éxito profesional. Necesitas un reto en tu vida.

—No existe ningún hombre que pueda estar a esa altura.

—¿Lo has buscado?

—Por supuesto que sí —mintió.

—¿Y nunca has sentido que te acababan de robar el corazón?

Sydney volvió a pensar en Adam Brody. Su atractivo y duro rostro la estremecía tanto que sintió una descarga eléctrica desde su vientre a la punta de sus senos. Era un amante increíblemente bueno, y un hombre tan interesante, que ella había hecho algo más que arriesgar su corazón: también había arriesgado su alma.

Sin embargo, cuando Adam le pidió que dejaran de mantener una relación exclusivamente sexual y quiso mantener algo más profundo, ella se marchó. Huyó tan deprisa como pudo, aterrorizada.

Había conseguido marcharse con elegancia, pero no había dejado

de pensar en él. No había logrado quitárselo de la cabeza durante el vuelo de ocho horas a Londres, el día en que lo abandonó; ni durante su mes de vacaciones en Escocia; ni durante las tres interminables semanas que había pasado con sus padres en Nueva Inglaterra. Y cuando por fin regresó, dispuesta a decirle que aceptaba su oferta, él había desaparecido.

Adam había vendido su casa, desactivado su teléfono móvil e incluso cerrado su empresa. En cierta ocasión le había comentado que tenía intención de marcharse a Baltimore para abrir un negocio con un viejo amigo, de modo que suponía que se encontraba allí. Pero en lugar de seguirlo, siguió escribiendo libros, jugando al póquer con Devon, realizando giras promocionales y acostándose con algún hombre, de vez en cuando, cuando su cuerpo lo necesitaba.

Con todo, pensó que Cassie tenía razón. Tal vez necesitara algo más que una experiencia sexual. Al fin y al cabo, no necesitaba a nadie para alcanzar todos los orgasmos que quisiera: para eso se bastaba ella sola. Necesitaba una aventura que la hiciera vibrar de nuevo. Y el mejor candidato, sin duda alguna, era Adam Brody.

—¿Conoces a algún buen detective privado? —preguntó.

Cassie la miró con ojos brillantes y evidente curiosidad.

—Ahora que lo comentas... ¿Recuerdas al padrino de Jake, Cade Lawrence? Su esposa, Jillian, es detective. Y por lo que sé, muy buena.

Sydney asintió y dio un trago de zumo de naranja. Después, intentó pasarse una mano por el pelo, pero estaba tan enredado que no pudo.

—Dame su número y acomódate en el salón. Vuelvo enseguida.

—¿Quiere eso decir que vas a aceptar mi consejo?

Sydney sacó un papel y un bolígrafo de uno de los cajones de la cocina y se los dio a Cassie.

—Mientras escribes el número de teléfono de Jillian, llama al sitio de los masajes y organiza una cita. Necesito ponerme a tono.

Cassie rio y siguió a su amiga hasta el salón. Sydney se dirigió hacia la escalera que llevaba a su dormitorio.

Sydney se preguntó si Adam se alegraría de verla o si estaría enfadado con ella.

Se había enojado mucho cuando decidió abandonarlo, y era lógico: lo había insultado y ni siquiera le había dado una explicación. Sin embargo, en aquel momento no pensó que fuera necesaria; desde el principio había dejado bien claro que solo quería mantener una relación sexual, sin complicaciones.

Lamentablemente, las cosas se habían complicado. Adam había resultado ser un hombre inteligente, con carácter, encantador y con un sentido del humor tan afilado como el suyo. Era un profesional que se entregaba tanto a sus planos y diseños como ella a sus libros. Y lo que en principio iba a ser una simple aventura, terminó durando más de seis meses.

Pero Adam cometió un error. Cierta noche, Sydney estaba a punto de marcharse de viaje para asistir a la presentación de uno de sus libros; Adam le pidió que se quedara con él. Al principio le había parecido una petición sin importancia. Pero cuando lo pensó mejor, decidió que aquello suponía romper una de sus normas básicas en todas sus relaciones, y se asustó.

Él incluso había admitido que le había pedido que pasara la noche con él como un paso previo a una relación más seria.

Como escritora de novelas románticas, se tenía por una especialista en relaciones personales y pensaba que para convivir con alguien tenía que hacer muchas concesiones, algo que ella no había estado dispuesta a hacer en aquella época, pero sí en esos momentos.

De modo que se había marchado, sola.

Al salir de su dormitorio, se fijó en un cartel de una película de Mae West de 1933 que adornaba el pasillo. Siempre había admirado a aquella mujer. Era irreverente, poderosa, sexy, y había inspirado toda su vida.

En el ángulo inferior izquierdo del cartel se veía el autógrafo de la actriz, pero lo que más le gustaba de todo era la frase que había escrito en la parte superior. La leyó en voz alta:

*Cuando las mujeres se equivocan, los verdaderos hombres las siguen.*

Después, se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha y se dijo:

—Espero que tengas razón, Mae. Espero que tengas razón.

## Capítulo 2

Adam Brody estiró los brazos por encima de la cabeza, intentando relajar los músculos de sus hombros. Después, movió la cabeza a ambos lados y se sintió mejor al oír el sonido que hizo su cuello.

La larga cicatriz que iba desde la parte inferior de su espalda hasta su cráneo ya no le dolía tanto; solo le provocaba una pequeña molestia, pero era un precio pequeño a pagar.

Echó un rápido vistazo al sol del mediodía y volvió a concentrar su atención en los planos que descansaban sobre su mesa de trabajo, una vieja puerta de madera sostenida en dos caballetes. Tomó un clavo y un martillo y echó un vistazo a los planos antes de seguir con su tarea.

Le disgustaba tener que dedicar su talento a hacer algo tan básico como decidir el siguiente paso en la construcción de una casita de muñecas.

—¡Adam!

Al oír la voz de su hermana, procedente del porche delantero, levantó la mirada e hizo un esfuerzo por ocultar su enfado; de no haber sido por Renée no se habría encontrado allí, disfrutando del sol y sintiéndose útil. Probablemente aún seguiría en rehabilitación, peleándose con los médicos y con los terapeutas y luchando contra los huesos rotos y los músculos desgarrados que se negaban a obedecer sus órdenes.

Le debía mucho a su hermana y lo sabía. Pero por alguna razón, seguía dominado por el resentimiento.

—¿Sí? —preguntó.

—Alguien acaba de entrar en la propiedad. ¿No has visto el coche?

Renée alzó las manos y Adam vio que las tenía manchadas de blanco; supuso que sería harina o pintura, pero en cualquiera de los dos casos, era evidente que no le apetecía recibir visitas con semejante apariencia.

Adam sonrió y caminó hacia el lateral de la vieja casa de madera que su padre les había dejado en herencia y que había construido, cuarenta años atrás, con sus propias manos. Antes del accidente de Adam, Renée la utilizaba entre semana para trabajar y él lo hacía los sábados y los domingos en sus excursiones ocasionales con los amigos. Se encontraba en el condado de Hernando, una zona de Florida que todavía resultaba muy tranquila; excepción hecha de algún turista perdido, de algún pescador o de los agentes inmobiliarios que pasaban de cuando en cuando para interesarse por la propiedad, no recibían muchas visitas inesperadas.

Pero aquel visitante no parecía encajar en ninguna de esas categorías. Los agentes inmobiliarios solían aparecer en todoterrenos, para poder maniobrar en el pantanoso terreno de aquella zona. Los turistas, se presentaban en sus caravanas o furgonetas después de haberse confundido de camino. Y en cuanto a los pescadores, no conocía a ninguno que viajara por los alrededores en un descapotable.

Una mujer de largo cabello rojo salió del vehículo y se detuvo frente a la casa, pero en aquel momento se levantó un poco de polvo y no pudo ver su cara.

Mientras caminaba hacia ella, la observó y pensó que era perfecta. De piel cremosa y brillantes labios, su cabello parecía reflejar la luz del sol. Era una mujer preciosa. Y estaba completamente fuera de lugar en aquel lugar perdido de Florida.

Al verlo, ella sonrió. Adam se detuvo en seco y se preguntó si lo conocería de algo. Después, la mirada de la mujer se clavó en su

pecho desnudo y en sus vaqueros; aunque su expresión no cambió, Adam supo en aquel momento que lo deseaba.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó él.

—Eso depende.

Los ojos verdes de la mujer, que llevaba unos vaqueros blancos y un minúsculo top bajo una blusa, se clavaron en él y brillaron. Adam no sabía qué intenciones tenía, pero tuvo la impresión de que no eran muy buenas.

—¿Te has perdido? —preguntó él.

La pregunta de Adam pareció confundirla durante un momento.

—No, todo lo contrario. Por fin he conseguido encontrarte. No eres tan fácil de localizar, ¿sabes?

Adam intentó controlar su frustración.

Era evidente que la mujer lo conocía, pero él no la recordaba. Era una situación que últimamente no sufría a menudo; allí, en Homosassa Springs, solo se encontraba con amigos y vecinos que lo conocían desde la infancia. Todos sabían lo de su accidente y podían pasarse toda una tarde jugando al fútbol con él sin mencionar lo sucedido ni una sola vez.

Para empeorar las cosas, aquella mujer parecía tan fresca como el hielo a pesar del intenso calor de la mañana. Era tan atractiva, que casi esperó que una barrera defensiva se alzara a su alrededor para protegerlo de ella, pero naturalmente no fue así.

Ella sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—No sabía que nadie me estuviera buscando —comentó él.

La mujer se acercó y de repente llevó una mano a su cuello. Después, lo acarició. Adam bajó la mirada, esperando que sus vaqueros ocultaran la erección que acababa de provocarle. Lamentablemente, se dio cuenta.

—Ya veo que te alegras de verme —comentó ella—. No debí tardar tanto tiempo en buscarte.

Adam notó que la mujer intentaba ocultar cierto tono de

arrepentimiento en su voz. Y lo habría conseguido de no haber sido por el brillo de seriedad en sus ojos.

—Pues espero que no me buscaras por nada importante, porque por muy atractiva que seas, estoy ocupado.

—No juegues conmigo, Adam —protestó la mujer—. Sé que causé tu enojo la última vez que nos vimos, pero eso es agua pasada. Y he venido para decirte que me equivoqué. ¿No puedes perdonar y olvidar?

La desconocida bajó la mano hacia el pecho de Adam y lo acarició.

—Me temo que ya lo he olvidado —respondió—. Lo quiera, o no.

—Bueno, eso facilita las cosas.

En aquel momento se abrió la puerta de la casa y Adam vio que su hermana se dirigía hacia ellos, secándose las manos con un paño. Se había cepillado el pelo y se había puesto zapatos y una camiseta.

Al verla tan aseada y con tan buen aspecto, le recordó a la atractiva joven de veintiún años que había sido antes de que las muertes de sus padres le robaran parte de su exuberante belleza.

—¿Va todo bien? —preguntó Renée.

La mujer del descapotable rojo arqueó una ceja.

—Dime que es tu hermana —dijo en tono de orden.

—Es mi hermana.

—Menos mal...

Entonces, la mujer sonrió y saludó a Renée.

—Me gustaría poder decir que Adam me ha hablado mucho de ti, pero me temo que no es cierto —declaró.

Quiso estrechar su mano, pero Renée no se movió. Se limitó a permanecer allí, parada, con gesto de incomodidad. La recién llegada se volvió en ese momento hacia Adam, pero al comprender que no iba a presentarla, decidió presentarse ella misma:

—Soy Sydney Colburn.

Renée miró a su hermano, pero sabía que no podría saciar su

curiosidad.

—Encantada de conocerte. Yo soy Renée Brody —dijo mientras estrechaba por fin su mano—. ¿Sydney Colburn? ¿La escritora de novelas románticas?

—¿Conoces mis libros?

—Claro. Ten en cuenta que en este sitio no hay mucho que hacer cuando anochece —respondió Renée—. ¿Conoces a mi hermano?

—Oh, sí, nos conocemos muy muy a fondo —respondió con una sonrisa.

Adam carraspeó, sorprendido por el agresivo comentario de la mujer.

—No creo que eso sea posible. Estoy segura de que Adam me lo habría contado...

—Dudo que Adam te lo hubiera contado. Mantuvimos una relación bastante especial, por así decirlo.

—Adam me lo cuenta todo —insistió Renée—. Confiamos el uno en el otro.

Renée comenzaba a estar bastante molesta con la actitud de aquella mujer, pero la novelista actuó como si no le importara.

—Así que confiáis el uno en el otro —dijo mientras echaba un vistazo a su alrededor—. Suena de lo más provinciano.

—¿Quién diablos te crees que eres? —preguntó Renée, harta de sus malos modales.

—Ya te lo he dicho. Soy Sydney Colburn.

Renée se cruzó de brazos, dispuesta a darle una buena lección a la desconocida. Adam empezaba a disfrutar del enfrentamiento de las dos mujeres, pero se dijo que sería mejor que interviniera: aunque no reconociera a la recién llegada, sospechaba que era perfectamente capaz de enfrentarse a su hermana.

—Sí, tú eres Sydney Colburn y ella es mi hermana. Y yo soy Adam Brody, a quien aparentemente estabas buscando. Renée, ¿podrías dejarnos solos un momento?

Los ojos azules de Renée brillaron con indignación.

—No creo que sea buena idea.

Adam miró a Sydney y dijo:

—Tengo sed, Renée. ¿No podrías traerme un vaso de tu famosa limonada? —le dedicó la mejor de sus sonrisas a Renée.

Dos meses antes no habría sido capaz de ejecutar una maniobra tan perfecta, pero empezaba a recuperar el arte de manipular a las mujeres.

Sin decir nada más, Renée se alejó hacia la casa y desapareció en su interior.

No hizo el menor esfuerzo por disimular su enfado, pero a Adam no le sorprendió. Nunca había sido precisamente sutil. Y al parecer, compartía aquel detalle con Sydney Colburn.

—Sé que tendría que haber sido más educada con tu hermana, pero su antagonismo hacia mí es demasiado evidente —dijo entonces ella—. ¿Se puede saber qué le has contado de mí?

Adam la tomó de la mano y la llevó hacia el descapotable.

—No le he dicho nada. No habría podido.

—Pues debiste hacerlo. Sé que acordamos no contarle lo nuestro a nadie, pero de eso ha pasado mucho tiempo.

—Mira, no sé lo que pretendes —dijo él cuando llegaron al coche—. Pero si es cierto que nos conocimos en el pasado...

—¿Cómo que si es cierto? —preguntó, frunciendo el ceño.

La mujer se apartó de él y añadió:

—Adam, sé que cometí una estupidez al pretender que nuestra relación se limitara al terreno sexual, pero cuando te dejé tuve la impresión de que no querías que me marchara.

—¿Me dejaste?

Adam no pudo creer que aquella mujer lo hubiera abandonado. Sencillamente, no encajaba en las historias que le había contado su hermana. Según Renée, había destrozado los corazones de docenas de mujeres. Incluso le había recordado una interminable lista de

nombres de antiguas amantes, en la que desde luego no aparecía una tal Sydney Colburn.

—¿Tan difícil te resulta de creer? —preguntó ella, disgustada.

—Sinceramente, sí.

—Pues lo siento, cariño, pero rompiste nuestras normas. Me pediste que me quedara aquella noche contigo y eso no entraba en nuestro acuerdo.

—¿Es que teníamos normas? —preguntó con curiosidad.

—No juegues conmigo, Adam. Por supuesto que teníamos normas. Ni siquiera nos dijimos nuestros apellidos, aunque los conocíamos porque vivíamos en el mismo sitio. Pero no veo por qué te estoy contando todo eso. Me conoces y sabes cómo soy. O más bien, cómo era; porque ahora soy diferente —dijo—. Por eso contraté a un detective para que te encontrara. Y por eso estoy aquí ahora.

Adam no supo qué decir. Entonces, la mujer sonrió y pasó los brazos alrededor de su cuello, apretando sus senos contra su pecho. Olía tan bien que deseó besarla. Y lo hizo.

Sydney se dejó llevar con tal apasionamiento que Adam perdió completamente el control. La atrajo hacia sí, apretándola con fuerza, y habría sido capaz de hacerle el amor allí mismo si ella no se hubiera apartado.

—Tranquilízate un poco, cariño —dijo Sydney—. Recuerdo que nos encantaba hacer el amor al aire libre, pero tal vez deberíamos buscar un lugar más privado. Sospecho que tu hermana no se alegraría si nos descubriera haciéndolo aquí.

Adam rio. Nunca había conocido a ninguna mujer que hablara sobre cuestiones de sexo de un modo tan directo y libre. Y si la había conocido, no la recordaba.

—¿Nos gustaba hacerlo al aire libre?

Sydney alzó los ojos al cielo.

—Tanto, que casi se nos podría acusar de exhibicionismo. No me digas que ya has olvidado el día que lo hicimos en el tejado de tu

casa.

—Por desgracia, sí.

—¿Cómo?

Sydney retrocedió y lo miró con sorpresa. Era obvio que no le creía, así que Adam decidió que había llegado el momento de contarle la verdad.

—Odio tener que decirte esto, pero no recuerdo haber mantenido una relación contigo. De hecho, no me acuerdo de ti.

## Capítulo 3

—Estás bromeando, ¿verdad?

Sydney observó a Adam con detenimiento, buscando algún gesto de ironía; pero ni los duros rasgos de sus pómulos y mejillas ni la besable curva de su boca mostraron otra cosa que una mortal seriedad. Incluso sus ojos, de un color marrón que le recordaba a la pintura del primer Rolls Royce de su padre, brillaban con sinceridad: no había en ellos el menor rastro de humor.

—Dime que estás bromeando —rogó.

Adam admiró el cuerpo de Sydney.

—Ojalá estuviera bromeando, porque pareces una de esas personas que son muy difíciles de olvidar.

—¿Difícil de olvidar? ¡Olvidarme es imposible!

Sydney dio un paso atrás y trastabilló por culpa de sus zapatos de tacón alto. Irritada, se los quitó y estuvo a punto de arrojárselos a la cabeza, pero no lo hizo.

Prefirió contenerse hasta averiguar qué le había pasado a Adam Brody y cómo era posible que hubiera olvidado su breve pero intensa aventura.

—Te estás vengando de mí, ¿verdad? —preguntó ella, blandiendo los zapatos a modo de amenaza—. Te estás vengando por lo que te hice.

Adam rio y ella se estremeció al oír el suave sonido. Pero entonces notó que tenía una cicatriz en una ceja y preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Tuve un accidente. O eso me han dicho.

Sydney dejó los zapatos en el suelo, se acercó a él y le apartó un

mechón de pelo de la frente para poder ver la cicatriz.

—Oh, Dios mío...

—Eso no es nada.

Adam se volvió entonces y le mostró la espalda. Tenía una larga cicatriz que le llegaba a la cabeza.

—¿Te duele? —preguntó ella, sin salir de su asombro.

—A veces. Sobre todo, cuando llueve.

Sydney extendió una mano para tocarla, pero se detuvo a escasos centímetros.

—Puedes tocar si quieres —dijo él—. No me molesta.

—¿Cuándo tuviste el accidente? —preguntó ella.

—El doce de marzo del año pasado.

Sydney se estremeció. Ella lo había abandonado el doce de marzo y al día siguiente se había marchado a Escocia. Lo recordaba perfectamente porque su agente era muy supersticiosa y no quería que viajara el día trece.

—Fue el día en que me marché... Bueno, en realidad me marché por la noche. Debió ocurrir después...

Adam se volvió y la llevó hacia un árbol, del que colgaba un columpio, para estar a la sombra. Se metió las manos en los bolsillos, pero Sydney notó que los músculos de sus brazos se tensaban como si hubiera cerrado los puños.

—Renée cree que yo había salido a correr y que el coche me atropelló por detrás. Llevaba ropa y zapatillas deportivas cuando me encontraron.

Adam le hizo un gesto para que se sentara en el columpio, pero Sydney prefirió aferrarse a la cadena.

—¿A qué hora fue? Lo pregunto porque me marché bastante tarde —dijo ella.

Él la miró con intensidad y por un momento le pareció que era el hombre que había conocido.

—Poco antes de la medianoche. La policía recibió una llamada y

me encontraron en el arcén de la carretera.

Sydney no entendía nada. Intentó recordar a qué hora, exactamente, se había marchado de la casa de Adam. Pero empezó a temblar tanto, que apenas podía pensar.

Sintió pánico. Adam había sufrido un accidente aquella noche y podía haber muerto sin que ella lo hubiera sabido. La idea le resultaba tan dolorosa, que un profundo sentimiento de culpa la dominó. Miró a su alrededor, buscando un lugar donde sentarse; pero no había nada salvo el columpio, así que se acomodó en él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Adam.

—¿Yo? —preguntó, todavía confusa—. Sí, pero eso no es importante. Quiero saber lo que te pasó a ti.

Adam bajó la mirada, se pasó una mano por el pelo y los latidos del corazón de Sydney se aceleraron. Aquel simple gesto resultaba inmensamente atractivo en él.

—No estoy seguro. La policía y los médicos coinciden en afirmar que me atropellaron por detrás. Estuve en coma un mes, y cuando desperté, había olvidado todo lo sucedido aquella noche y en los cinco años anteriores.

Sydney sonrió de forma forzada.

—En ese caso, supongo que no debo tomarme como algo personal el hecho de que no me recuerdes.

Adam se acercó y la acarició en una mejilla. En otras circunstancias, Sydney se lo habría tomado como un gesto de cariño; pero no era así: solo pretendía apartarle una mosca.

—Tardé varios días en recordar a mi propia hermana.

—Pero ahora la reconoces...

Adam se encogió de hombros.

—Es mi hermana. Y la conozco desde que nací.

—Es muy protectora contigo —afirmó.

—Es la única persona que creyó que sobreviviría al accidente.

—Yo también lo habría creído... De haber sabido lo que te había

pasado.

Adam frunció el ceño.

—¿Y cómo es posible que no lo supieras? ¿Cómo es posible que Renée no sepa nada de ti? ¿De qué normas estabas hablando antes?

Sydney se sentía muy culpable por todo lo que había sucedido, pero no se sentía culpable en absoluto por las normas que ella había establecido en su relación. Las había creado para proteger sus emociones y su corazón, no para dejar de ayudar a un amigo.

—Establecimos el acuerdo de mantener nuestra relación entre nosotros, de tal modo que nadie más lo supiera —respondió ella.

—¿Por qué? ¿Es que estás casada?

—No.

—Entonces, ¿era yo quien estaba casado? —preguntó él.

Sydney sonrió ante su habilidad de bromear con las cosas más serias.

—No, el Adam Brody que conocí era cien por cien soltero.

—Renée habló con mis amigos y con todos los empleados de mi empresa, pero nadie mencionó tu nombre. No encontró la menor pista de que yo tuviera una amante.

Sydney se levantó del columpio.

—Nos tomamos muy en serio el asunto de mantener en secreto nuestra relación. Además, no nos costó demasiado; ten en cuenta que vivíamos en el mismo vecindario.

—¿Y no viste a mi hermana cuando vendió la casa? ¿No viste la mudanza?

—Me marché a la mañana siguiente a Escocia y luego a Nueva Inglaterra. Estuve fuera durante dos meses. Cuando regresé, supe que habías vendido la casa y tu negocio...

Adam sonrió con tristeza y ella recordó lo sucedido aquella noche. Él estaba muy contento porque acababa de cerrar un trato multimillonario para construir un edificio. De haber sido un buen bailarín, probablemente habrían bailado juntos en el salón de su

antigua casa; pero en lugar de eso, habían hecho el amor sobre la moqueta. Había sido una experiencia maravillosa. Sydney le había permitido que tomara el control total, y nunca habría imaginado que iba a ser su última noche.

Adam había besado todo su cuerpo, centímetro a centímetro, pero no lo hizo suavemente, sino de forma apasionada y desesperada. El recuerdo de su boca era tan vívido que sus pezones se endurecieron y apretó las piernas; todavía podía sentirlo en su interior.

—Tal vez deberíamos entrar en la casa —sugirió Adam—. Por tu aspecto, creo que no te vendría mal un vaso de limonada.

Sydney se preguntó qué aspecto tendría. Estaba excitada y tenía sed y calor.

—¿Podría añadirle un poco de vodka?

—Si se lo pides con amabilidad...

La idea de ser amable con Renée no le agradaba demasiado, pero tenía tantas cosas por asimilar que decidió aceptar lo que le ofreciera. Además, no podía pensar con claridad si se encontraba dominada por su libido.

Lo siguió hacia la casa en silencio, sosteniendo los zapatos en una mano y recordando su pasado con él. Había estado en coma todo un mes. Al pensar en ello, lamentó no haber estado a su lado, susurrando palabras de ánimo a su oído, en lugar de haberse marchado a Escocia.

Pero no entendía por qué se sentía de ese modo. Los amantes se enviaban flores, o tal vez una tarjeta, pero no deseaban sentarse junto a una cama para hacer ese tipo de cosas. Y Adam y ella se habían limitado a mantener una relación sexual, sin más compromiso que el placer, hasta que le pidió que fueran más lejos.

Había rechazado la oferta de Adam porque tenía miedo de que el amor destruyera su vida. Sin embargo, empezaba a comprender que su vida no era tan maravillosa como parecía; tenía demasiadas

carencias. Por culpa de su amnesia, ella era ahora una completa desconocida para él; pero en cierto modo también lo había sido durante los seis meses que había durado su relación.

—Ten cuidado al pisar el primer escalón —dijo Adam cuando llegaron al porche—. Tengo que arreglarlo.

Sydney evitó el escalón que le había comentado, pero pisó una astilla que sobresalía en otro de los escalones y se pinchó.

—¡Ay!

—Oh, vaya...

Adam la tomó en brazos antes de que Sydney pudiera protestar y, acto seguido, llamó a la puerta golpeándola con un pie.

—¡Abre, Renée!

Su hermana abrió la puerta y palideció al verlo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Adam, déjala en el suelo ahora mismo. No puedes cargar con tanto peso.

Sydney se sintió ofendida por el comentario.

—No soy precisamente una ballena —dijo.

—Adam no debería cargar con nada que pese más que un gusano. Y tú no pareces un gusano —observó Renée.

—Bueno, deberías haberme visto a los dieciséis años. Estaba realmente delgada.

—Tranquilízate un poco, Renée —intervino Adam—. Sydney se ha herido. Ve a buscar las pinzas y el botiquín de primeros auxilios.

Adam dejó a Sydney en un cómodo y desgastado sofá. Acto seguido, se arrodilló a su lado para ver mejor la herida de su pie.

Ella estuvo a punto de gritar cuando él pasó un dedo, suavemente, por encima de la astilla. Sydney no reaccionaba muy bien al dolor y no aguantaba ni las molestias más leves.

—¡Deja de hacer eso! ¡Duele!

—Ya lo imagino; te recuerdo que yo sé bastante de dolor. Pero supongo que sobrevivirás cuando consiga sacarte esa astilla. ¿Crees que podrás aguantarlo?

—Si te acordaras de mí, no harías esa pregunta —bromeó.

Él la miró y sonrió. Unos segundos después reapareció Renée con las pinzas y el botiquín, y se sentó junto a Sydney.

—¿Quieres que te traiga una limonada? —preguntó Renée con un tono sorprendentemente amable.

Sydney sonrió.

—Te lo agradecería mucho.

Renée asintió y volvió a marcharse.

—¿Crees que me ha concedido una tregua? —preguntó ella.

—Yo diría que sí. A Renée no le gusta que la acusen de ser una bruja, sobre todo cuando se comporta como tal.

—Bueno, esa palabra no siempre es un insulto, ni mucho menos. A veces es una forma como otra cualquiera de referirse a una mujer que controla su propia vida.

Adam sonrió de nuevo mientras blandía las pinzas para retirarle la astilla del pie. Eran tan pequeñas que apenas podía agarrarlas, y Sydney pensó que esa era la razón por la que los hombres nunca se depilaban las cejas.

—Y supongo que tú eres una de esas mujeres —comentó él.

—¿Me estás llamando bruja?

—Sí.

Justo entonces, Adam le sacó la astilla. Era tan larga que añadió:

—Será mejor que arregle esos escalones.

Sydney se sintió desfallecer. Le había sacado la astilla, pero el pie todavía le dolía. Quiso inclinarse sobre el botiquín para sacar el desinfectante, pero él se le adelantó y ella no protestó; a fin de cuentas, le agradaba que la tocara. En aquel momento no fue capaz de recordar si alguna vez le había dado un masaje en los pies, así que supuso que no lo habría hecho. No había nada mejor que un buen masaje en los pies.

Adam tomó un trocito de algodón y lo empapó con el desinfectante, que aplicó con delicadeza y seguridad. Mientras tanto,

Sydney contempló con fascinación sus uñas, sus nudillos y su morena piel.

Ya no tenía las delicadas manos del artista que había sido, sino unas manos más duras, más intensas y por tanto más interesantes.

Cuando terminó de limpiarle la herida, Adam le puso una tirita. Sin embargo, siguió masajeando su pie para que se relajara.

Ella gimió.

—Tienes unos pies preciosos —dijo él.

Sydney se recostó en el sofá y permitió que su contacto alimentara el deseo sexual que había intentado controlar al saber que no podía recordarla, antes de descubrir que había estado a punto de morir.

—Y tú tienes unas manos magníficas —murmuró ella.

—¿Sí?

Sydney abrió los ojos un momento y observó que la contemplaba con un brillo de malicia. Había contemplado aquel gesto mil veces mientras hacían el amor o cuando la acariciaba por debajo de la mesa en algún restaurante y la llevaba al clímax. Siempre habían sido amantes atrevidos, aventureros y totalmente concentrados en la búsqueda del placer.

Adam comenzó a acariciarle entonces la pantorrilla, desatando una ola de calor en la mujer.

—¿Te gustan mis manos, Sydney? —preguntó él.

—Tus manos son formidables. Me estás acariciando demasiado abajo para mi gusto, pero son formidables de todas formas.

Adam se arrodilló entonces frente al sofá, de tal modo que de repente se encontraba entre los muslos de Sydney. Ella contuvo la respiración.

—¿Y qué te parece esto?

Sydney lo contempló mientras él seguía acariciándola, subiendo hacia sus muslos, cada vez más cerca de su sexo.

Estaba totalmente concentrado en ella, en su placer.

Resultaba evidente que solo estaba pensando en una cosa. Y si era

lo que Sydney sospechaba, iban a tener una tarde de lo más interesante.

## Capítulo 4

Adam oyó un ruido en la cocina y de inmediato recordó dónde se encontraba y lo que había estado a punto de hacer.

Rápidamente, se apartó de Sydney. Estaba muy excitado.

—No es necesario que te detengas —dijo ella, con voz seductora.

—Mi hermana está en la cocina.

—Pues vamos a algún lugar más íntimo.

La expresión de Sydney no mostraba vergüenza alguna por la cercanía de Renée. Bien al contrario, solo denotaba un intenso y claro deseo por sentir el contacto de sus manos, aunque su hermana pudiera entrar en la habitación en cualquier momento.

—No te conozco —dijo Adam.

Aunque en aquel momento le daba igual no recordarla, supuso que para ella era importante y no quiso seguir. Sydney parecía ser una mujer muy segura de sí misma y tal vez lo fuera, pero no le pareció justo.

Ella se inclinó, tomó sus manos y se las llevó al pecho. Jadeaba ligeramente, y la leve capa de sudor que impregnaba su delgadísima blusa eliminaba cualquier duda sobre su estado de excitación. Estaba ardiendo por dentro y deseaba que él se diera cuenta.

—Me conoces, Adam. Me conoces mejor que ningún otro hombre. Sencillamente, ahora no lo recuerdas.

Adam notó un ligero tono de desesperación en su voz. Sabía que podía darle parte de lo que deseaba; podía darle placer sexual y conseguir que pasara un buen rato. Pero Sydney ya había admitido que había estado buscándolo para mantener una relación seria con él.

Y eso era algo que no estaba en sus manos.

Aunque su recuperación física le había permitido mantener una vida casi normal, Adam había tomado varias decisiones importantes. Como no podía ofrecer una relación normal a ninguna mujer, con seguridad financiera y profundidad emocional, había decidido no salir con nadie. Estar solo no había sido fácil, pero había aceptado la soledad tal y como había soportado los terribles dolores del proceso de rehabilitación.

Adam pensaba que no podría comprometerse con nadie hasta que volviera a organizar su existencia, hasta que consiguiera tener un futuro sin verse obligado a depender de su hermana para sobrevivir. O al menos, no podría mantener una relación profunda y larga.

—No recobraré nunca la memoria, Sydney.

—Eso no lo puedes saber.

Al notar el tono de esperanza de su voz, Adam se estremeció. Él también había albergado esperanzas similares, pero era un hombre realista y sabía que no recobraría la memoria perdida. No podría volver a diseñar planos y nunca recordaría los detalles íntimos de la pasión aparentemente explosiva que había mantenido con aquella fascinante mujer, a la que deseaba besar allí mismo, en aquel momento, con todo su ser.

—Sí, lo sé —dijo mientras se alejaba de ella para marcar distancias—. ¿Por qué crees que ahora dedico mi tiempo a arreglar escalones en lugar de a diseñar edificios?

—No lo sé. ¿Porque estás increíblemente atractivo en vaqueros y con un cinturón lleno de herramientas? —preguntó, coqueteando.

—Hablo en serio, Sydney.

—Yo también, Adam, y eso me asusta. Nunca hablo en serio. La seriedad es algo que les gusta a mis padres y a mis dolorosamente responsables amigos.

Sydney se levantó y caminó hacia él.

Su cercanía le resultaba a Adam extremadamente refrescante.

—Sin embargo, hablo en serio en lo relativo a ti —continuó ella—. Y no voy a permitir que tu amnesia se interponga en lo que deseo.

—¿Y qué es lo que deseas?

—Te deseo a ti —respondió, arqueando una ceja.

—No soy el hombre que conociste.

Ella se humedeció los labios.

—Eso no lo sé. Y tú tampoco lo sabes.

—Sé que no puedo hacerte promesas, Sydney. Tú recuerdas el pasado, pero yo no. Y no me apetece herirte a ti ni herir a nadie.

Sydney parpadeó como si estuviera a punto de devorarlo con los ojos.

—Puedo cuidar de mí misma. E incluso es posible que una intensa dosis de mí te ayude a recobrar la memoria. En todo caso, el intento merece la pena. ¿No te parece?

Adam puso los brazos en jarras, apoyando las manos en las caderas, para no abrazarla en aquel momento y abalanzarse sobre su escote. Sydney no llevaba sostén y él podía notar los círculos oscuros de sus areolas bajo el suave algodón.

Por otra parte, lo miraba con un deseo tan obvio, abierto y libre, que pocos hombres se habrían resistido a semejante invitación.

Renée regresó al salón con dos vasos altos de limonada y se comportó como si no hubiera oído parte de su conversación. Adam pensó que no había oído nada realmente, porque su hermana se detuvo con cierta sorpresa, como si hubiera notado su cambio de emociones; llevaba mucho tiempo cuidándolo y se había acostumbrado a reconocer los gestos más sutiles de su comportamiento, principalmente porque Adam hacía todo lo posible por parecer indiferente y tranquilo. Algo que resultaba imposible cuando Sydney se encontraba cerca de él.

—¿Cómo está tu pie? —preguntó Renée mientras les daba las limonadas.

—Aún me duele, pero no mucho —respondió Sydney en tono

amistoso—. No debería andar por ahí descalza. Si mi madre estuviera aquí, ya habría soltado esa frase que tanto me gusta: «ya te lo dije».

—A las madres les encanta tener razón siempre —observó Renée.

—¿A las madres? —preguntó Adam con ironía.

—Claro, ¿quién crees que me enseñó a comportarme como me comporto contigo?

Por suerte, Adam recordaba a su madre. Sylvia Brody había sido una madre entusiasta, una mujer que los había amado incondicionalmente y cuya autoridad había sido tan importante como la de su marido. En cuanto a Frank Brody, había sido un hombre justo y de buen carácter que dejaba las opiniones beligerantes para su mujer. El regreso de Adam a la casa de su familia, después del accidente, había resultado una experiencia muy positiva para él; no en vano, estaba rodeado de buenos recuerdos.

Solo había algo malo en todo ello.

Como sus padres habían muerto tres años antes, a veces olvidaba que no seguían con vida y esperaba que entraran en la casa en cualquier momento. Pero todo lo demás era muy bueno y él necesitaba buenos recuerdos; ya había sufrido demasiado, al menos en los últimos doce meses.

Necesitaba entretenerse con algo o con alguien. Preferiblemente, con una mujer tan atractiva como Sydney Colburn.

Renée acercó una mecedora y se sentó en ella.

—Dime una cosa, Sydney. Si tú y Adam teníais una relación...

Adam carraspeó.

—La manteníamos, Renée —intervino su hermano—. Yo la creo.

—Entonces, ¿cómo es posible que no supiera nada del accidente?

—Es algo complicado —respondió Adam.

—No, no es complicado —corrigió Sydney—. O tal vez sí, pero básicamente se podría decir que tuvimos una relación, que me marché y que ahora he vuelto. Fin de la historia.

Adam tosió, por no reír. Siempre se había tenido por un hombre bastante explícito, pero Sydney Colburn le ganaba.

—No es exactamente el fin de la historia —dijo él.

—Bueno, es el fin de una y el principio de otra —dijo Sydney.

—No es tan sencillo —observó Adam.

—¿Por qué no?

Sydney volvió a mirarlo con confusión e incredulidad, tal y como lo había hecho cuando supo que no la recordaba.

Adam no pretendía provocarle una reacción así por segunda vez en el mismo día. Le entristecía apenas a una mujer tan bella y fuerte como ella, con una mirada tan penetrante que habría asustado a cualquier hombre. Por suerte para él, llevaba tanto tiempo con su hermana que ya no se dejaba intimidar por mujeres de carácter.

—Adam tiene que concentrarse en su rehabilitación —dijo Renée.

Sydney se echó hacia atrás para poder ver al hombre de los pies a la cabeza y se humedeció los labios de forma seductora.

—En mi opinión tiene buen aspecto. Muy buen aspecto.

Adam no supo si el gesto era simple teatro, pero notó que a su hermana no le hizo ninguna gracia.

—Adam no necesita una mujer como tú en este momento de su vida.

—¿Una mujer como yo? —preguntó, llevándose una mano al pecho como si la hubiera herido—. ¿Podrías explicar qué quieres decir con eso?

Adam se sobresaltó. Empezaba a sentirse incómodo por el enfrentamiento entre las dos mujeres.

—Renée, puedo hablar por mí mismo —dijo.

—Pues habla —dijeron ambas al unísono.

Adam retrocedió un poco, poniendo cierto espacio, de forma inconsciente, entre él y las mujeres. A pesar de lo mucho que se parecían las dos, o tal vez por eso, no parecían capaces de soportarse más de diez segundos.

—No puedo decir que no esté interesado en ti, Sydney...

—Ya lo sabía —lo interrumpió—. Tal vez hayas perdido la memoria, pero no la cabeza.

—No, resulta evidente que mi recuperación física va muy bien.

Sydney clavó la mirada en la entrepierna del hombre y pensó que efectivamente se había recobrado por completo.

En cambio, Renée maldijo en voz alta.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Sydney.

—El problema es que...

Adam se apresuró a interrumpir a su hermana:

—¿Puedes traerme un poco más de limonada, hermanita? —preguntó.

—¿Qué?

—Ahora —ordenó.

Renée tomó su vaso, que aún estaba medio lleno, y se dirigió a la cocina, enfadada. Después, empezó a abrir y cerrar armarios con tanta fuerza, que él pensó que destruiría media casa. Aunque el enfrentamiento de las dos mujeres le resultaba divertido, empezaba a cansarse de aquella pelea de gatas. A fin de cuentas, una era su hermana; y la otra, una mujer fascinante.

—Renée tiene razón, Sydney. No puedo tener una relación contigo en este momento. No sería justo.

—¿Justo para quién? ¿Para mí? Ya te he dicho que sé cuidar de mí misma. Llevo haciéndolo mucho tiempo.

—No lo dudo, pero no has estado buscándome solo para tener una relación superficial conmigo, ¿verdad? Has venido para empezar de nuevo e ir más lejos que la vez anterior.

Sydney abrió la boca para decir algo, pero acto seguido apretó los labios con fuerza.

—Lo odio —dijo al final.

—¿Qué odias? ¿Que yo tenga razón?

—No, odio las situaciones en las que no sé responder con algún

comentario ácido.

Adam rio de buena gana y pensó que aquella mujer empezaba a gustarle mucho. Pero mantener una relación con ella, en aquel momento, era algo que estaba completamente fuera de lugar. Las razones, sin embargo, no estaban relacionadas con su estado físico ni con su rehabilitación, como suponía su hermana, sino con el hecho de que no tenía nada que ofrecer a una mujer como aquella.

Ciertamente tenía trabajo, pero nada importante. Aún no se había planteado en serio su futuro profesional porque todavía había demasiadas lagunas en su pasado. Hasta la aparición de Sydney, ni siquiera se había molestado en preguntarse por lo sucedido la noche del accidente. No tenía ninguna pista y la investigación de la policía no había servido de gran cosa.

Ahora, en cambio, sabía que Sydney se había marchado de su casa poco tiempo antes de que él saliera a correr. Cabía la posibilidad de que hubiera visto a alguien, o de que hubiera oído algún ruido. Algo, cualquier cosa, que le ayudara a comprender el contexto del accidente y por qué habían destrozado su despacho.

Después de salir del hospital, había hecho sus propias investigaciones. Utilizó viejos contactos para averiguar si sus diseños habían sido utilizados por otra empresa, pero hasta el momento no había averiguado nada. Sin embargo, era posible que hubieran robado sus planos para venderlos en otra parte, tal vez en otra ciudad. A fin de cuentas había decenas de miles de arquitectos y de constructores en todo el mundo. Y hasta la aparición de Sydney, no habría sabido por dónde empezar a buscar.

—Sydney, ¿podría hacerte algunas preguntas sobre aquella noche, antes de que sufriera el accidente?

Sydney tomó sus zapatos y se los puso.

—Claro, pero yo también quiero hacerte algunas preguntas.

—Me parece justo.

Adam pensó que Renée ya debía de haber rellenado su vaso, pero

todavía no había regresado. Supuso que estaría en la cocina, oyendo su conversación.

—Empieza tú —dijo él mientras se sentaba a su lado.

—Háblame de tu recuperación.

Adam sonrió. Que Sydney se preocupara por su rehabilitación era síntoma inequívoco de que su relación había sido más profunda de lo que ella admitía.

—Tuve que aprender a caminar de nuevo. En realidad, tuve que volver a aprenderlo todo. Pero desde un punto de vista físico, estoy totalmente recuperado.

—¿Y qué hay de tus diseños?

—¿De mis diseños?

—Sí, de tus diseños de arquitectura. Ibas a ser el próximo Frank Lloyd Wright.

Adam rio con amargura.

—Me temo que ya no lo seré.

—¿Por qué? Eres arquitecto desde hace más de cinco años.

Él asintió, frustrado.

—Mi cerebro es distinto ahora. Recuerdo los conceptos básicos y todos los conocimientos necesarios, pero mi capacidad visual ha cambiado. Ya no calculo bien las dimensiones y no puedo dibujar. Ni siquiera con ordenador.

Sydney comprendió en aquel momento la verdadera dimensión de su tragedia.

Adam había amado su trabajo con la misma pasión con la que ella amaba el suyo. Y sabía que se volvería loca si alguna vez perdía la capacidad de escribir.

—Lo siento mucho, Adam.

—Bueno, lo importante es que estoy vivo. No hay nada que sentir.

Sydney admiró su actitud positiva, aunque intuía que Adam no se había recuperado de semejante pérdida. Pero ella no era psicóloga. Y ni siquiera se podía decir que hubiera sido su amiga, sino solo su

amante.

A pesar de ello, Sydney imaginó que Adam se debía sentir totalmente perdido.

Su vida estaba centrada en la arquitectura y ahora lo había perdido todo. Con toda seguridad, había dejado de saber quién era. En semejantes circunstancias, no le extrañó que se negara a tener una relación con ella. El accidente no parecía haber afectado a su caballerosidad, cosa que Sydney agradecía y que hacía que lo deseara aún más.

—¿En qué estás trabajando ahora? —preguntó.

—Renée diseña casitas de muñecas para niños. Yo las construyo.

Sydney sonrió al imaginárselo haciendo algo tan sencillo y al mismo tiempo tan sexy, en cierto modo.

—Suenas divertido. Y supongo que ahora que eres multimillonario, puedes hacer lo que te apetezca.

—¿Multimillonario? No me digas que tu detective te ha contado eso, porque en tal caso has malgastado el dinero con él.

—No es él, sino ella, pero no encontró demasiada información económica sobre ti; solo pudo decirme que habías vendido tu negocio. Y por mucho menos dinero del que habría imaginado.

Adam estiró las piernas y se metió las manos en los bolsillos.

—Obtuve lo que pude. Necesitaba todo el dinero que pudiera para pagar mi recuperación.

Adam le explicó que su seguro médico no cubría algunos de los tratamientos más modernos que había recibido y que había tenido que pagárselos de su propio bolsillo. Y añadió que, ahora que no podía ser arquitecto, había decidido ayudar a su hermana y aprovechar sus conocimientos de carpintería.

Sydney escuchó la explicación con suma atención, pero sin comprender nada.

—¡Pero si habías firmado un contrato multimillonario! —comentó—. Era un edificio que iba a revolucionar el mercado. ¿Qué pasó?

—No estoy seguro. Los planos desaparecieron y ni siquiera pude encontrar las copias. Alguien entró en mi despacho y lo destruyó todo. La policía dijo que fue un acto de vandalismo.

—¿Qué quieres decir con eso de que desaparecieron? Solo tenías que llevar los planos al constructor. Me dijiste que incluso había abierto una cuenta para pagarte y que el dinero ya estaba disponible.

—Me temo que nunca le envié esos planos.

—¡Por supuesto que lo hiciste! El mensajero llegó cuando yo estaba en tu casa.

—¿Cómo?

Adam se levantó del sofá, pero se sintió tan mareado que tuvo que sentarse otra vez. Estaba confundido y sorprendido.

—¿Qué quieres decir con eso de que el mensajero llegó cuando estabas en mi casa? En la empresa de mensajería aseguraron que habían recibido una llamada para cancelar el servicio diez minutos después de que mi secretaria los llamara para que fueran a buscar los planos. Dijeron que nadie fue a recogerlos, y Renée comprobó más tarde que no se encontraban ni en mi oficina ni en mi casa. Habían destruido todo, hasta los ordenadores, y el contratista no llegó a recibirlos.

Sydney se recostó en el sofá y lo miró con detenimiento, sin saber cómo iba a reaccionar cuando escuchara lo que estaba a punto de decir.

—Ese mensajero llegó a tu casa, Adam.

—¿Estás segura?

—Sí, vino antes de que yo me marchara y vi cómo le dabas los planos. De hecho me pediste que me quedara contigo para celebrarlo.

—¿Recuerdas qué aspecto tenía? ¿Recuerdas cómo se llamaba?

Sydney se inclinó sobre él, le besó una mano y dijo con una sonrisa maliciosa.

—Claro que lo recuerdo. Me había acostado con él unos meses

antes.

## Capítulo 5

Sydney no parecía avergonzada en absoluto por su confesión; de hecho, parecía divertirse. Al verla llegar en su descapotable rojo, Adam pensó que era una rebelde de primer orden. Ahora, estaba seguro. Y se sintió enormemente afortunado.

Era justo lo que necesitaba en aquel momento, una persona abierta a posibilidades. Su vida había sido muy aburrida en los últimos tiempos; había perdido su profesión, había pasado por un proceso de rehabilitación complicado y doloroso, y carecía de estabilidad económica. Había luchado desde que despertó del coma en la habitación del hospital, y aunque Renée había sido maravillosa con él, no se podía decir que Adam tuviera una existencia muy divertida: sus amigos estaban todos casados; tenían hijos y responsabilidades.

Por otra parte, a Sydney no parecía importarle demasiado que tuviera amnesia; tenía la impresión de que le importaba bastante más que no la recordara a ella en concreto, pero estaba dispuesto a conocerla otra vez, muy a fondo.

Además, conocía la identidad del mensajero que había desaparecido con los planos de su mejor obra. La policía, sus colegas de trabajo y su hermana le habían animado una y otra vez a dejar de torturarse con la pérdida de aquellos planos; le decían que debía olvidarlo y seguir viviendo, pero Adam no había sido capaz de olvidarlo. Por lo menos, ahora se sentía bien. Y la mirada de deseo de Sydney hacía que se sintiera aún mejor.

—¿Te acostaste con el mensajero?

—Fue antes de empezar a acostarme contigo. Tenía que entregar

una novela a la editorial y él vino a recogerla justo cuando estaba terminando —explicó ella con una sonrisa—. El último capítulo era particularmente apasionado, y él era tan atractivo...

Adam arqueó las cejas.

—De modo que te ayudó a liberar un poco de energía sexual.

—Sí, y no estuvo mal. No es como tú, desde luego, pero fue una buena experiencia.

—Me alegro de saberlo.

—¿De qué te alegras? ¿De que no estuviera mal?

—No, me alegro de ser mejor.

—Cariño, nunca pensé que le diría algo así a ningún hombre, pero créeme: tú eres el mejor.

—¿Estás intentando seducirme?

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Que quieres de mí, Sydney? —preguntó, dispuesto a poner las cartas sobre la mesa.

Sydney tomó uno de los cojines que Renée había puesto en el sofá, en una distribución geométrica, y cambió su posición para que el efecto fuera menos rígido.

—Tengo que pensarlo. He venido aquí por una razón, pero no conocía los detalles de tu desaparición.

—Supongo que un hombre defectuoso ya no te resulta tan atractivo, ¿verdad? —preguntó él.

—¿Defectuoso? Vamos, Adam, las cicatrices son sexys. Casi todos los protagonistas de mis novelas tienen una cicatriz en alguna parte. No, me refería a que no te acuerdas de mí. Eso cambia las cosas. Completamente.

Adam se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Me parece que te lo estás tomando de forma personal. Y debo puntualizar que no recuerdo a ninguna de las mujeres con las que al parecer he salido en los últimos cinco años, a menos que ya las

conociera con anterioridad.

Sydney se ahuecó un poco la blusa, porque tenía calor. Adam clavó la mirada en la curva de sus senos. El accidente no lo había cambiado tanto como para no intentar imaginar el tamaño preciso de sus pechos, la textura de su piel y la situación precisa de su ombligo.

—Por supuesto que me lo tomo como algo personal. Siempre he creído que soy inolvidable.

Adam rio.

—En circunstancias normales, no lo dudo. Por desgracia, no hay nada normal en mí.

Sydney se inclinó un poco hacia él y Adam pudo ver la parte superior de sus senos.

—Me alegro, porque la normalidad me aburre.

Renée regresó al salón con el vaso de su hermano y le preguntó a Sydney si quería más limonada.

—No, gracias —respondió.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Renée.

—¿Es que no has estado escuchando la conversación? Yo lo habría hecho —dijo Sydney.

Renée estuvo a punto de reír, pero se controló.

—Estaba en el cuarto de baño.

—Entonces, te has perdido bastante. Al parecer tengo algo que le interesa a Adam, además de lo más evidente.

—¿A qué se refiere? —pregunto Renée, mirando a su hermano.

—Conoce el nombre del mensajero.

—¿De qué mensajero?

—Del que recogió los planos la noche del accidente —respondió él.

Adam habló con tanta tranquilidad como pudo, porque sabía que aquel asunto asustaba a su hermana. Ella no quería pensar en las posibles implicaciones del accidente y de la desaparición de su obra.

—Pero la empresa de mensajería dijo que alguien había anulado

el servicio... Insistieron en que ninguno de sus trabajadores llegó a tu casa.

—En ese caso, mintieron —dijo Sydney.

Adam asintió y preguntó:

—¿Recuerdas a qué hora llegó el mensajero?

Sydney tardó unos segundos en responder.

—Ha pasado todo un año y en ese momento estaba preocupada por otras cosas, pero debió de ser antes de las siete, porque es la hora de la última recogida. Además, recuerdo que habíamos reservado mesa en un restaurante a las siete y media, y sé que habríamos llegado a tiempo.

—¿Habríamos?

—Sí, porque no llegamos a ir —respondió.

—¿Y estás segura de que ese hombre trabajaba para la empresa de mensajería? —preguntó Renée.

—Llevaba su uniforme y estoy segura de que ya había trabajado para ellos —respondió, volviéndose hacia Renée—. Venía muy a menudo a mi casa a recoger las entregas de mis novelas.

—Y antes de aquella noche, ¿había estado recientemente en tu casa? —preguntó Adam.

Sydney se mordió un labio.

—Bueno, digamos que no lo usé durante una temporada, por así decirlo. Pero lo vi varias veces por la zona en su camioneta.

—¿Cómo se llama? —preguntó Renée con impaciencia.

—Kyle. Llevaba trabajando alrededor de un año para esa empresa de mensajería.

—¿Y cómo se apellida?

Sydney se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca me dijo su apellido.

Sydney no había caído en la cuenta hasta ese momento. Kyle no le había dado su apellido, pero conocía el de ella porque estaba en todos los paquetes que enviaba a la editorial. Una vez más le habían

fallado sus normas relativas a las relaciones amorosas.

—Bueno, su nombre es una información importante. Seguro que la empresa tiene archivos con los datos de sus empleados —observó Renée—. Podemos localizarlo y preguntarle qué pasó con aquellos planos. Al menos ahora tenemos un testigo. Adam, esto podría...

Renée no terminó la frase, y Sydney observó que el entusiasmo de Adam desaparecía de repente.

—Tal vez no deberíamos hacerlo —continuó Renée.

—¿Por qué no? ¿Crees que no podré aguantarlo, Renée?

—No es eso, Adam. La policía nos aconsejó que no investigáramos por nuestra cuenta. Podría llamar a un detective y pedirle que investigue a ese Kyle. Incluso es posible que se pueda reabrir el caso ahora que tenemos un testigo de la entrega de los planos.

Adam se levantó de repente y dijo:

—Sea como sea, me voy a dar una ducha. Sydney, ¿podrías esperarme aquí?

Sydney se recostó en el sofá y bebió un poco de limonada. Tras observar el comportamiento de Adam, había llegado a la conclusión de que seguía siendo el mismo hombre firme e independiente que había sido.

—No pienso marcharme a ninguna parte.

Adam asintió y desapareció segundos más tarde. Entonces, Sydney preguntó:

—¿Se puede saber qué ocurre aquí?

—No es asunto tuyo —respondió Renée mientras recogía los vasos.

—¿Quién lo dice? ¿Tú?

—Eres una entrometida. Hace menos de una hora no te conocíamos. Y ahora, pretendes meterte en nuestras vidas.

—Tu hermano me importa. He tardado mucho en darme cuenta, pero ahora que soy consciente de ello, no pienso marcharme otra vez.

—El hombre que conociste y el hombre que has visto hoy no son la misma persona. No se parecen.

—Yo diría que Adam es el de siempre —declaró Sydney, con total sinceridad.

En el fondo de su corazón estaba convencida de que era el mismo hombre del que debería haberse enamorado cuando él le había dado la oportunidad. No lo había hecho, sin embargo, pero ahora tenía una segunda oportunidad y estaba dispuesta a aprovecharla aunque tuviera que llevarse a su hermana por delante.

Pero antes de tomar decisiones drásticas, intentaría razonar con ella. No quería enemistarse con una persona tan querida para Adam.

—No me refiero a su aspecto físico —dijo Renée.

—Mira, ya me ha hablado de sus problemas de visión y sé que no puede seguir con su carrera de arquitecto. Pero soy una mujer rica, Renée. No necesito su dinero para nada.

Renée se sentó a su lado, en el sofá.

—No estaba hablando de dinero. Adam estuvo a punto de morir. La policía cerró el caso y dijo que había sido un accidente, pero...

Sydney la tomó de una mano y la interrumpió.

—Comprendo que temas perderlo y admiro tu necesidad de protegerlo, pero Adam es un hombre y necesita sentirse como tal.

Renée bajó la mirada y asintió con suavidad, pero acto seguido apartó la mano y dijo:

—¿Por eso estás aquí? ¿Quieres que se sienta como un hombre?

Sydney hizo un esfuerzo y sonrió.

—Si estoy cualificada para alguna labor, esa es sin duda mi especialidad.

Renée se levantó del sofá, muy enfadada, y se alejó hacia la cocina con los vasos. Pero antes de salir, se volvió hacia Sydney.

—Muy bien, no puedo hacer nada contra la atracción sexual. Puede que, si te acuestas con él, recupere la memoria. Adelante, haz que se sienta como un hombre. Pero si le haces daño...

Renée no terminó la frase, porque no era necesario. De todas formas, Sydney no tenía la menor intención de hacerle daño a Adam, ni a propósito ni accidentalmente.

Sydney no sabía si sería capaz de amar a un hombre, porque nunca había permitido que sus relaciones llegaran tan lejos. Pero Adam era distinto. Era la única persona que había trastocado toda su existencia y no estaba dispuesta a alejarse por segunda vez. No, al menos, mientras existiera la posibilidad de recobrar la magia perdida.

Mientras esperaba a que Adam saliera de la ducha, trazó un plan. Tenía algo que él necesitaba: información. Además, no solo conocía el nombre del mensajero, sino también su aspecto. Suponía que la empresa de mensajería no sería de gran ayuda y que no les dirían nada sin una orden judicial o sin la intervención de la policía. Y por otra parte había leído tantas novelas de misterio de su amiga Devon que también sabía que la justicia podía ser increíblemente lenta. Pero si se tenían los amigos adecuados, la cosa era distinta. Amigos como Jillian Hennessy, su detective privado.

Estaba de acuerdo con Renée: debían dirigirse otra vez a la policía para que reabriera el caso. Sin embargo, era un caso antiguo y sabía que no se esforzarían demasiado en resolverlo. Adam ni siquiera había conseguido convencerlos para que siguieran investigando.

En su opinión, la policía tendría que intervenir más tarde o más temprano.

Pero de momento, sospechaba que Adam tendría que intervenir personalmente para averiguar lo que había sucedido. Además, había notado el brillo de sus ojos y sabía que estaba decidido a hacerlo. Adam Brody no esperaba a que nadie le resolviera los problemas: los resolvía él mismo. Se había labrado una brillante carrera profesional antes de perder la memoria. E incluso había conseguido que ella cambiara de actitud en lo relativo a las relaciones personales.

A pesar de lo que le había dicho a su hermana, Adam no la

necesitaba para sentirse un hombre. Ni el accidente que había estado a punto de costarle la vida ni la amnesia le había robado su fuerza interior.

Pero si necesitaba recordar algo de sus instintos masculinos, Sydney estaba más que dispuesta a ayudarlo. Con placer.

## Capítulo 6

Adam salió de la casa justo en el momento en que Sydney cerraba el maletero de su descapotable. La mujer cojeaba levemente por culpa de su pequeño accidente, pero se había colgado un bolso de cuero de uno de los hombros y caminaba hacia él con decisión. Al verla, se preguntó si era posible que algún hombre pudiera resistirse a su encanto. Ella no parecía desear que los hombres se resistieran a ella; sin embargo, Adam seguía sin saber hasta qué punto era real su liberal actitud hacia el sexo.

—Tienes mejor aspecto —dijo ella.

Adam miró hacia el coche y preguntó:

—¿Vas a salir?

—En cuanto me haya refrescado un poco.

Sydney subió los escalones del porche ante la atenta mirada de Adam. Él no hacía esfuerzo alguno por ocultar que su cuerpo le gustaba, y ella tampoco disimulaba que le encantaba la admiración del hombre.

—¿Vienes conmigo? —preguntó ella.

—Eres preciosa, Sydney Colburn.

—Eso no es una respuesta.

Adam rio.

—Una oferta como la tuya no requiere respuesta alguna. ¿Dónde está mi hermana?

Sydney se encogió de hombros.

—No lo sé, pero en cierto modo se podría decir que nos ha dado su bendición. Mencionó que necesitas relajarte un poco.

Adam se rindió al irresistible instinto de acariciarle una mejilla.

En realidad quería tocar mucho más, pero supuso que era demasiado pronto.

—No necesito su bendición.

Ella rio.

—Sí, claro que la necesitas. Adoras a tu hermana, y ella te adora a ti. Solo quiere protegerte, eso es todo.

—Vaya, ahora eres comprensiva...

—¡Ja! Nadie me había dicho eso hasta ahora. Espérame, vuelvo enseguida.

Sydney entró en la casa y Adam cerró los ojos para disfrutar de la descarga de electricidad que recorrió su cuerpo. Lo que había empezado como un día más, cálido y soleado, se había convertido en una interesante oportunidad.

Al despertar en la cama de aquel hospital y descubrir que tenía amnesia, la pérdida de la memoria fue la menor de sus preocupaciones. Antes tenía que aprender a caminar otra vez y a respirar sin ayuda de máquinas. Cuando lo consiguió, le pidió a Renée, a su secretaria y a sus amigos, que lo ayudaran a recordar todo lo que había hecho a lo largo de los cinco últimos años. Entonces supo que había estado totalmente concentrado en su trabajo y especialmente en un proyecto arquitectónico revolucionario.

Todos los arquitectos que conocía deseaban diseñar un nuevo rascacielos. Él, en cambio, se dedicó a diseñar edificios comerciales más bajos y a intentar renovar su concepción. Luego, unos meses antes de sufrir el accidente, terminó los planos y los módulos en tres dimensiones de su mejor obra. Aquel edificio le iba a hacer millonario.

Según su secretaria, Meg, el día del accidente le había pedido que enviara el mensajero a su casa para que recogiera los planos. A Meg y al resto de sus empleados les extrañó que se los llevara a casa con él en lugar de dejarlos en la oficina, pero Adam sabía ahora por qué lo había hecho: quería compartir su éxito con Sydney, su amante.

Hasta entonces, nadie le había podido dar el menor detalle sobre lo sucedido entre las cuatro de la tarde, cuando salió de la oficina, y la hora del accidente. Al día siguiente, Renée llamó a Meg para decirle que él estaba en el hospital; su secretaria pasó por la oficina antes de ir a verlo y descubrió que alguien había entrado en el local y que había destrozado los ordenadores y las copias y los modelos en tres dimensiones del edificio que había diseñado.

Acto seguido, Meg llamó al constructor para asegurarse de que había recibido los planos. Lamentablemente, no los había recibido. Según Renée, Meg había estado a punto de sufrir un infarto. Después, Renée denunció el robo a la policía.

Su oportunidad de revolucionar el mundo de la arquitectura había desaparecido de repente. Ahora, sin embargo, sabía que el mensajero había recogido los planos en su casa. Y aquel detalle había cambiado su vida por completo. Hasta entonces, se había contentado con lo que tenía y había intentado seguir viviendo sin pensar demasiado en lo perdido.

Sydney había dado un vuelco a las cosas sin pretenderlo. No solo le había dado información sobre el pasado, sino que también había despertado un intenso fuego en su interior. Era un hombre que sabía lo que quería. Y ahora quería a Sydney Colburn.

Cuando ella salió de la casa, se había recogido el cabello en una coleta y varios mechones de cabello caían sobre su cara. Se había lavado un poco y parecía dispuesta a comerse el mundo, aunque Adam sabía que no habría parecido menos segura de haber llevado todo un mes en el desierto.

—¿Nos vamos? —preguntó ella mientras caminaba hacia el coche.

—¿Adónde? —preguntó él.

—¿Importa mucho?

Adam la miró, pero no se movió del sitio.

—Oh, hombres... —protestó ella.

—¿Qué harías tú sin nosotros? —preguntó él con ironía.

—Espero no tener que descubrirlo nunca.

Sydney le arrojó entonces las llaves del coche, pero Adam dijo:

—No puedo conducir.

—¿Tienes permiso?

Adam llevaba el permiso en la cartera y acababa de conseguir el permiso médico para poder conducir de nuevo, así que, al menos legalmente, podía llevar el coche. Sin embargo, no se sentía suficientemente seguro. Había conducido varias veces la camioneta de Renée, pero era un vehículo viejo que no valía ni para chatarra. En cambio, el coche de Sydney era tan caro que temía estrellarlo contra algún árbol.

A pesar de todo, Sydney insistió en que se sentara al volante y él lo hizo.

—Bienvenido al mundo de los vivos, Brody —dijo ella.

—¿He conducido alguna vez este coche?

Sydney sonrió de forma críptica.

—Tú conduce y relájate. Puede que la experiencia te devuelva algunos recuerdos.

Sydney no era médico ni psiquiatra.

Había salido con un psicólogo en cierta ocasión, pero nunca había sentido la menor inclinación por analizar los secretos de su propia mente. Habría sido demasiado peligroso. Para ella, y para el psicólogo.

A primera vista, podía ser el paradigma de una típica niña rica. Había crecido en una familia con mucho dinero, en un ambiente emocional bastante frío, y había heredado una enorme suma. A los veintiún años decidió dejar de vivir conforme a las expectativas de los demás y empezar a vivir según sus deseos. Se limitaba a disfrutar del presente y a utilizar su talento para crear los personajes y las situaciones de sus novelas.

Pero, a pesar de todo, nadie sabía más de amnesia que una escritora de novelas románticas. Los personajes amnésicos eran

clásicos en el género, así que estaba más familiarizada con el asunto que muchos profesionales de la medicina.

Sabía que la amnesia de Adam sería probablemente permanente. A pesar de las historias que se leían en muchas novelas, la posibilidad de recuperarse después de sufrir un trauma como el suyo eran prácticamente inexistentes. Sin embargo, a Sydney no le importaba demasiado que no recordara algunas cosas del pasado; le importaba, en cambio, que deseara recordarlo. Y le importaba que llegara a recordar cualquier detalle, por mínimo que fuera, de ella.

Durante el trayecto en coche notó que la miraba en varias ocasiones, pero en ningún momento vio en sus ojos el brillo de reconocimiento que necesitaba.

Si seguía sin recordarla, no tendría más remedio que empezar desde el principio y seducirlo otra vez. Un año atrás, cuando le pidió que se quedara en su casa a pasar la noche, Adam la retó a reexaminar la relación que mantenían de tal modo que Sydney sospechó que se había enamorado de ella. Ahora, sin embargo, no tenía recuerdo alguno de aquellos sentimientos.

—¿Cómo te sientes conduciendo? —le preguntó.

—Maravillosamente bien —respondió—. Es un coche magnífico.

—Sí, lo es. Llevar un descapotable es casi como llevar una moto.

—Es cierto.

Condujeron en relativo silencio durante una hora. Charlaron sobre el tiempo y sobre el viento que les daba en la cara, y el tráfico se fue haciendo más denso a medida que se acercaban a Tampa.

Una vez en la ciudad, Sydney le indicó que se dirigiera al sur de la ciudad, hasta que llegaron a un edificio de oficinas rodeado de robles y de palmeras. Cuando aparcaron, él preguntó:

—¿Dónde estamos? Pensaba que me llevarías a algún lugar interesante —dijo mientras le devolvía las llaves del coche.

Sydney se guardó las llaves en el bolso y salió del vehículo.

—No juzgues un edificio por su aspecto exterior. Nunca

imaginarías la cantidad de prácticas depravadas y fascinantes que se llevan a cabo dentro.

Adam frunció el ceño como para mostrar su escepticismo, aunque su sonrisa indicó que no había perdido su sentido del humor y que en todo caso estaba dispuesto a seguir jugando su juego. Al menos, por el momento.

Ella lo tomó del brazo y juntos entraron en el edificio. En la pared había una placa donde se podía leer: *The Hennessy Group*.

Adam se detuvo.

—¿Por qué tengo la impresión de que me vas a meter en algún lío? —preguntó él.

Sydney lo miró con fingida inocencia.

—¿Yo? ¿Meterte en líos? Si no supiera que me has olvidado, me sentiría insultada.

—Sí, ya. ¿Qué es el Hennessy Group?

—Ya lo verás, cariño. Ya lo verás.

Diez minutos después de salir del despacho de Jillian Hennessy, Adam decidió que tendría que vigilar a Sydney Colburn tal y como vigilaba a los caimanes que salían del río para tomar el sol cerca de su casa. Al igual que los peligrosos reptiles, Sydney tenía amigos que habrían aterrorizado a cualquiera.

Tras entrar en el edificio, dejaron atrás la recepción y la sala de conferencias y pasaron por delante de varios despachos con aspecto de ser una especie de santuario interior. Había máquinas y dispositivos por todas partes, con monitores de televisión en las paredes y muchas personas trabajando con ordenadores.

Entonces conoció a Jillian Hennessy, una de las directivas del grupo empresarial. Adam no podía creer la suerte que tenía: dos atractivas pelirrojas habían entrado en su vida el mismo día. Sin embargo, Jillian estaba casada. Y cuando Sydney se la presentó y dijo que era detective privado, la fascinación de Adam por su antigua amante se acrecentó.

Sin que nadie se lo hubiera pedido, Sydney había decidido ayudarlo. Adam sospechaba que se cobraría el favor, pero no podía imaginar nada que no le apeteciera hacer con ella.

Sydney dio a Jillian todos los detalles sobre lo sucedido y Adam le dio el nombre de su antiguo ayudante y del cliente que había comprado los planos del edificio; también le habló del accidente y de que sospechaba que el robo de los planos y el atropello podían estar directamente relacionados. No tenía pruebas, pero su instinto le decía que existía una relación.

En menos de una hora, Jillian les advirtió que actuaran con cautela y les prometió que tendría algo para ellos a la mañana siguiente.

Adam y Sydney se marcharon. Ya no tenían nada importante que hacer, salvo disfrutar de la ciudad en la que Adam había vivido y en la que, al parecer, había tenido una tórrida aventura con ella.

Esa vez, Sydney se sentó al volante del coche.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que fuiste por última vez a tu antigua casa? —preguntó ella.

La pregunta no le incomodó en absoluto. Bien al contrario, era una de las pocas preguntas de respuesta sencilla que le había hecho.

—No he vuelto después del accidente. Renée sacó mis cosas y la vendió en menos que canta un gallo cuando descubrió que habían destrozado mi oficina.

Sydney detuvo el vehículo frente a un semáforo en rojo y dijo:

—¿Renée sospechaba que había algo turbio desde el principio? No me ha comentado nada. Pensaba que estaba preocupada porque no quería que te marcharas conmigo.

Adam sonrió.

—Seguro que no le ha hecho ninguna gracia —afirmó—. Renée nunca ha dicho que sospechara nada raro sobre el accidente y el robo de los planos, pero conozco bien a mi hermana. Lee muchas novelas de suspense y está acostumbrada a ponerse en la peor de las

situaciones posibles.

—Parece mayor que tú —comentó.

Adam también lo había notado. Aunque Renée era seis años más joven que él, su instinto de protegerlo hacía que pareciera mayor.

—No siempre fue así. Mi madre solía preocuparse porque Renée siempre tenía la cabeza en las nubes.

Sydney lo miró con curiosidad.

—¿Y qué le hizo cambiar?

—Mi accidente fue la gota que probablemente colmó el vaso, pero estaba muy deprimida desde que mis padres murieron. Ella había pensado ir con ellos, pero cambió de opinión en el último instante — explicó Adam—. El hotel en el que se alojaban sufrió un incendio y la policía lo achacó a un cortocircuito. Sin embargo, mi hermana nunca creyó la explicación oficial y presionó para que investigaran más a fondo. Al final se supo que el incendio fue provocado por un empleado descontento.

—Siento mucho lo de tus padres. Y lo de tu hermana. Mis padres me vuelven loca, pero al menos están aquí para disfrutar de mi locura.

Adam rio, pero el comentario desató su curiosidad.

—¿Nunca te conté que mis padres habían muerto?

—Ni siquiera me contaste que tuvieras una hermana. Nunca compartíamos esas cosas.

—¿Por las normas que me comentaste?

Sydney no contestó. Se limitó a arrancar y avanzaron por Hyde Park, una zona que Adam reconocía porque había trabajado allí al principio de su carrera, justo después de hacer las prácticas con Malcolm y Asociados en Baltimore.

A pesar del accidente, recordaba la mayor parte de su vida. Pero por fortuna, el fallecimiento de sus padres, en Las Vegas, no se encontraba entre sus recuerdos.

—De modo que Renée nos ha dado su bendición... —comentó él

—. ¿Cómo lo has conseguido?

Sydney tomó una desviación para salir a una autopista.

—Cuando quiero algo, lo consigo.

—¿Y me quieres a mí?

La mujer sonrió y sus ojos brillaron con malicia antes de sonreír.

—Sí. Solo espero que el deseo sea mutuo.

—Por supuesto que lo es. Eres una mujer generosa, inteligente y enormemente atractiva —afirmó él.

—Dime algo que no sepa, Adam. Pero de todas formas, quiero algo más que sexo de ti.

Por lo que Sydney le había contado y por lo que él mismo había observado en las últimas horas, Adam había llegado a la conclusión de que no era mujer que ocultara sus intenciones. No obstante, ya le había confesado que sus planes originales habían cambiado al descubrir que sufría amnesia, pero no había dicho qué expectativas tenía ahora.

—¿Más que sexo? ¿Qué quieres decir? —preguntó, intrigado.

Sydney rio mientras aceleraba.

No contestó a la pregunta con palabras, sino con una simple mirada. Y entonces, Adam supo que tenía verdaderos problemas.

Pero los problemas nunca le habían sabido tan bien.

## Capítulo 7

Sydney detuvo el vehículo en el aparcamiento del edificio donde vivía y apagó el motor. Después, miró a Adam, que parecía totalmente ajeno al significado de lo que los rodeaba.

Adam se quitó el cinturón de seguridad y la miró a su vez, expectante. Ella miró hacia el ascensor, hacia el balcón y hacia la escalera exterior que terminaba en una pasarela que conectaba su edificio con el edificio donde había vivido él, el lugar en el que habían chocado el uno con el otro; así se habían conocido. Pero enseguida comprendió que Adam no recordaba nada en absoluto.

— ¿No te trae ningún recuerdo? — preguntó ella.

Adam volvió a mirar a su alrededor.

— ¿Estamos en algún lugar importante?

— Sí.

— Es un aparcamiento.

Sydney pensó que tal vez fuera un simple aparcamiento para un hombre que había olvidado los últimos cinco años. Sin embargo, para ella era el primer sitio público donde habían hecho el amor. El recuerdo era tan fresco que la luz del sol no evitó que se sintiera como aquella noche, cuando regresaron a la casa después de haber cenado junto a la playa.

Aquel día, Adam conducía el descapotable. Mientras cruzaban el puente, ella se inclinó sobre él y lo acarició en la entrepierna hasta ponerlo duro como una roca. Después, y cuando se pararon en el primer semáforo en rojo, él le devolvió el favor acariciándola hasta llevarla al orgasmo. Fue algo tan intenso que Sydney estuvo a punto de gritar. Pero no lo hizo porque tras ellos se había detenido un coche

de la policía.

Cuando llegaron al aparcamiento estaban decididos a ir a alguna de las dos casas y hacer el amor, pero se deseaban tanto y su urgencia era tal, que terminaron haciéndolo allí mismo, contra uno de los pilares de cemento del edificio. La experiencia fue inolvidable.

Por desgracia, él no lo recordaba.

—Es cierto, solo es un aparcamiento —dijo ella al fin.

Sydney pensó que tal vez sería mejor que lo llevara a algún lugar más importante, asociado a algo más significativo que el simple hecho de hacer el amor.

Pero había un problema: durante los meses que había durado su relación, no habían hecho mucho más que hacer el amor.

En cualquier caso, tenía un plan. En primer lugar intentaría ayudarlo a recordar; y después, se las arreglaría para crear nuevos recuerdos que reemplazaran a los viejos. Con un poco de suerte, tendría éxito en las dos tareas.

—Conozco a los nuevos propietarios de tu antigua casa. Tu hermana debió venderla con muebles y todo, porque seguía casi igual la última vez que estuve. Si quieres echar un vistazo, puedo llamarlos.

Adam asintió.

—Me parece una buena idea.

Sydney se quitó el cinturón de seguridad.

—Vamos primero a mi casa. Llamaré desde allí.

Adam la ayudó a poner la capota del coche y se dirigieron al ascensor. El complejo residencial constaba de cuatro edificios de dos plantas, con cuatro casas por planta, separados entre sí de tal modo que formaban un amplio jardín interno con una piscina. Sydney había sido una de las primeras propietarias; había comprado varias casas y las había revendido más tarde por mucho más dinero.

La casa de Sydney era un dúplex, cuyos dos pisos estaban conectados por una escalera de caracol que a Adam siempre le había

gustado. Mientras abría la puerta e introducía el código de seguridad para anular la alarma, se preguntó qué diría ahora al ver su hogar.

Entraron en la casa y Sydney lo miró mientras él observaba cada detalle del interior. En el salón había un sofá de color marfil y en las paredes se veían varios cuadros originales, uno de ellos de Chagall, y por supuesto sus carteles cinematográficos.

—Ya veo que eres fan de Mae West —comentó él al ver uno de los carteles.

—Todas las mujeres deberían serlo. Y por tanto, también todos los hombres.

—No a todos los hombres les gustan las chicas malas.

Ella rio.

—¿Ah, no? Dime uno al que no le gusten —lo retó.

Adam también rio y se metió las manos en los bolsillos. Con la tenue luz interior, Sydney no supo si lo había hecho porque se sentía relajado y cómodo o porque pretendía ocultar su erección.

—¿Crees entonces que todas las mujeres deberían ser como tú?

Sydney se cruzó de brazos.

—Yo no le recomiendo mi estilo de vida a nadie, porque francamente me importa un pimiento cómo vivan las demás mujeres. Pero mi vida me gusta. Y cuando muera, no me arrepentiré de nada.

Adam asintió y Sydney sintió curiosidad por lo que estaría pensando. En el pasado, no se habría preguntado al respecto; ella vivía como quería y le daba igual lo que los demás pensarán. Pero las cosas habían cambiado. Adam le importaba y ya no quería una simple relación superficial.

Además, quería que la recordara. Y de su opinión dependía en gran parte la posibilidad de recuperar la complicidad con él.

—¿Te molesta mi forma de vida? —preguntó ella.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Es que antes del accidente tenía la costumbre de meterme en la vida de la gente?

Ella rio. Adam había sido un seguidor de la filosofía de vivir y

dejar vivir.

—No, ni mucho menos.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que he cambiado?

—Solo me preguntaba si la única razón por la que has venido es porque puedo ayudarte a recuperar tus planos.

Adam se dirigió hacia ella y la abrazó de repente. Lo hizo con tanta fuerza, que Sydney sintió que todo su cuerpo se relajaba. Se rindió a él y sus bocas se encontraron unos segundos más tarde. En cuestión de segundos, su blusa acabó en el suelo y él comenzó a desabrocharle los pantalones para introducir una mano entre los muslos.

Ella lo acariciaba de un modo igualmente urgente. Tenían que volver a aprender muchas cosas, y había mucho que perder.

Cuando Adam comenzó a morderle el cuello, justo en un punto por debajo de las orejas que siempre la había vuelto loca, Sydney sintió que la esperanza renacía en su interior.

—Ahora ya sé que también has venido por el sexo —dijo ella.

—Me hiciste una oferta, ¿recuerdas? —preguntó mientras acariciaba sus hombros desnudos.

—Sí, es cierto, es absolutamente cierto.

—Pues tengo intención de aceptarla. Pero, antes, me gustaría ver mi antigua casa. Cuando hagamos el amor, no quiero tener nada en la cabeza que no seas tú.

Adam la soltó entonces y la besó una última vez en la frente, antes de dirigirse al enorme ventanal que daba al jardín y a la piscina.

Sydney tardó unos segundos en volver a la realidad. Tenía que llamar por teléfono a los vecinos para que les dejaran ver la casa. Y luego, a juzgar por la actitud de Adam, la esperaba todo un mundo de caricias.

## Capítulo 8

Nada. Adam salió de su antigua casa profundamente decepcionado; tanto, que casi olvidó darles las gracias a los vecinos por permitirles entrar. Había cometido un error al albergar esperanzas, al dejarse llevar por el entusiasmo de Sydney. No iba a recuperar la memoria. Tendría que limitarse a averiguar lo que había sucedido con los planos.

Pero no iba a hacerlo aquella noche, de modo que estaba dispuesto a concentrarse en lo más inminente: seducir a Sydney Colburn.

Aquella mujer lo fascinaba cada vez más. Su humor bordeaba la irreverencia y su inteligencia era brillante y genial.

Pensaba deprisa y vivía aún más deprisa.

Y por si fuera poco, poseía una sensualidad innata y una belleza sencillamente increíble.

Era tan perfecta, que le extrañaba no haber conquistado su corazón durante su relación pasada. Tampoco entendía que ella lo hubiera abandonado, y aquel misterio le resultaba mucho más interesante que la posibilidad de conocer la identidad del individuo que lo había atropellado o la localización actual de sus planos.

Antes de que tomaran el ascensor para volver a la casa de Sydney, él la tomó de una mano y la atrajo hacia sí.

—Vamos a algún sitio —dijo.

—¿Adónde?

—No lo sé, a un lugar especial. A un lugar donde solo hayas estado conmigo.

—Es una petición muy difícil —bromeó.

—Por favor...

Sydney sacó las llaves de su vehículo y se las dio.

—Está bien, pero tengo que subir a mi casa un momento. Arranca y espérame. Solo tardaré un par de minutos.

Sydney no mintió. Aunque a Adam le pareció todo un siglo, apenas tardó un par de minutos en volver. Llevaba una pequeña nevera en una mano.

—Muy bien, vámonos —dijo ella.

Diez minutos más tarde, y gracias a las indicaciones de Sydney, se detuvieron frente a la entrada de lo que parecía ser un club de campo. Sydney introdujo una tarjeta magnética en una ranura y las puertas se abrieron.

—Supongo que eres socia, ¿verdad? —preguntó él.

—En efecto, lo soy. Salí una temporada con el encargado.

—Pero entonces, estuviste aquí con él...

Sydney sonrió. Había notado un leve tono de celos en el comentario de Adam.

—Sí, pero no para hacer lo que hice aquí contigo. El encargado es homosexual. Nos conocimos en el gimnasio y, cuando necesita una pareja femenina por alguna razón, me llama a mí. A cambio, me dio una copia de su tarjeta para entrar en el club de campo y me enseñó esta entrada.

—¿Para qué?

—Para que pudiera seducirte a ti en un lugar tranquilo.

—¿Necesitabas un club de campo para eso?

Sydney sonrió.

—Espera y verás.

Avanzaron por un estrecho camino, dejando un pequeño edificio a un lado.

En la distancia se veía una gran mansión colonial de al menos tres pisos de altura, en lo alto de una colina. Estaba totalmente iluminada, pero Adam no vio a ningún cliente en los alrededores.

Supuso que estarían dentro, porque la temperatura exterior era demasiado cálida.

Era un lugar precioso, lleno de palmeras. En uno de los extremos se veía un enorme campo de golf. A Adam nunca le había gustado demasiado aquel deporte, pero lo había aprendido gracias a Marcus Malcolm, su mentor, porque en el mundo de los negocios se jugaba mucho. En cualquier caso, no recordaba haber estado en un campo de golf en plena noche.

Cuando Sydney le indicó que aparcara en un lugar recóndito, entre dos colinas y tras unos arbustos, él se estremeció.

Allí no podía verlos nadie. Estaban al aire libre, pero en un lugar totalmente íntimo.

Adam la siguió a una de las praderas, muy excitado. El aroma de Sydney se mezclaba con el aroma de las flores y con el fresco olor de la hierba cortada.

—Te deseo, Sydney —confesó.

—Entonces, tómame. Te he traído aquí para eso.

Adam la besó apasionadamente, mientras acariciaba su cuerpo. Sydney solo se detuvo un momento, y fue para quitarse los vaqueros blancos y quedarse sin más ropa que las braguitas y su ajustado top.

Se inclinó sobre ella, dispuesto a quitarle las braguitas con los dientes, cuando se preguntó si habría hecho aquello en el pasado. Había algo que le resultaba vagamente familiar.

Adam se apartó entonces y ella preguntó:

—¿Qué sucede?

—Ya habíamos hecho el amor aquí, ¿no es cierto?

Sydney lo miró, expectante.

—¿Lo recuerdas?

—No estoy seguro. Tengo la vaga noción de haberte quitado las bragas con los dientes, pero no sé si es un recuerdo o un impulso.

—Caramba, Adam, no puedo recordar hasta el más pequeño de los detalles... Tendrías que recordar algo más significativo.

—Entonces, tendré que hacer algo más significativo.

—Magnífico...

Adam se abalanzó sobre ella como un tigre. Estaba dispuesto a hacer realidad la fantasía de desnudarla con los dientes, fuera o no fuera un recuerdo del pasado.

Empezó besando sus caderas, sus piernas y sus muslos. A medida que se acercaba a las braguitas de Sydney, su olor se iba haciendo más intenso; era un olor almizclado, denso. Se inclinó sobre la pequeña prenda y aspiró el aroma, dejando que lo dominara por completo y que aumentara su propia excitación.

Sydney había entrecerrado los ojos y entreabierto la boca. No llevaba sostén, así que podía contemplar perfectamente el endurecimiento de sus pezones, que deseó succionar. Muy pronto.

Pero, primero, quería quitarle las braguitas. En cuanto cerró los dientes sobre ellas, Sydney arqueó las caderas hacia arriba para facilitarle el trabajo. Después, se quitó la camisa, los vaqueros y los calzoncillos. Y justo entonces cayó en la cuenta de que no tenía ningún preservativo.

Sydney debió notar su preocupación, porque sonrió, divertida, y dijo:

—Busca en la guantera de mi coche. Soy una especie de *boy scout*, siempre estoy preparada.

—No hay nada masculino en ti, preciosa.

Adam se dirigió al coche; detestaba perderla de vista aunque solo fuera durante unos segundos, pero no tenía otro remedio. En la guantera, entre cintas musicales, varias servilletas y un manual del vehículo, había al menos una docena de preservativos, de todas las clases.

No sabía cuál llevarse, así que se los llevó todos porque tenía intención de utilizarlos todos. Después, cerró la guantera y la portezuela del coche y regresó a la pradera.

Pero Sydney se había marchado.

Sydney dio la vuelta al cobertizo del jardinero, activó el temporizador y pulsó el botón correspondiente en los controles. Después, regresó por el estrecho caminó a tiempo de ver cómo llegaba Adam, desnudo y magnífico. Gracias a la humedad del ambiente, su piel brillaba.

Él se pasó una mano por el pelo y casi sintió el pelo en sus propias manos.

Mientras avanzaba, sus piernas se flexionaban de tal modo que Sydney soltó un grito ahogado.

Desde la profundidad de su mirada hasta la dureza de su erección, resultaba evidente que Adam Brody estaba dispuesto a seducirla y a dejarse seducir.

Ella se mordió un labio, sonrió y se quitó el top.

—¿Sydney?

Sydney confiaba de forma innata en su inteligencia y en su sentido común. En cambio, confiar en su cuerpo era algo más complicado: exigía pasar muchas horas en el gimnasio. Por suerte para ella, le gustaba sudar, poner sus músculos al límite y ver los resultados del duro trabajo a través de sus propios ojos y de los ojos de sus amantes.

Adam no era una excepción. Cuando la miraba, Sydney sabía que la deseaba.

Lo había visto en la casa de Renée, en el coche y en su hogar.

Como lo veía ahora. Desnudo y bajo la luz de la luna, la deseaba. Y ella lo deseaba a él.

Se detuvo un momento y se preguntó si hacer el amor con él, en aquel instante, la ayudaría a conseguir su objetivo final: establecer una relación con Adam que fuera más allá de lo sexual, más allá del placer físico. Había recreado la última vez que habían hecho el amor en el campo de golf con intención de ayudarlo a recobrar la memoria, pero también con ánimo de que se divirtiera y de que recuperaran el tono desenfadado del pasado. Sin embargo, no sabía si eso era lo que

quería.

No estaba segura. Se estaba arriesgando mucho. La trama de sus novelas dependía con frecuencia del atractivo de la persecución, del poder de la anticipación, de los imprevisibles caminos hacia el amor que se abrían entre los protagonistas. Tenía fama de desarrollar las historias de un modo lento y sensual, haciendo que los amantes tuvieran que esperar para probar el fruto de su deseo.

El sexo era conflicto. El sexo implicaba saltar a una tormenta emocional donde los corazones podían acabar atrapados o rotos. Tal vez por eso había simplificado su propia vida en el mundo real, para que el acto de hacer el amor fuera lo que tenía que ser: simple placer sexual, sin problemas, sin angustia.

Pero con Adam había descubierto un nuevo tipo de persecución, una nueva clase de anticipación. Esa vez la movía el reto de conseguir algo más entre ellos, y al no saber cómo convertir la pasión en amor, estaba tan excitada que apenas podía respirar.

Sydney caminó lentamente hacia su antiguo amante, disfrutando del balanceo de sus propios senos y de la mirada de Adam. Estaba dispuesto, preparado.

La idea de sentirlo en su interior bastó para humedecerla.

Sin embargo, todavía no estaba tan húmeda como lo estaría en sesenta segundos.

—¿Dónde estabas?

—He ido a mejorar un poco el ambiente. Quiero recrear de la forma más exacta posible la última vez que estuvimos aquí.

Cuando estaba a punto de llegar a la altura de Adam, se detuvo. Siempre había tenido un cuerpo perfecto, pero sus músculos eran distintos ahora: no procedían del ejercicio en el gimnasio, sino del trabajo duro.

Sydney se estremeció al pensar en el contacto de la dura piel de Adam contra su cuerpo.

—No quiero que te sientas decepcionada si sigo sin recordar lo

que hubo entre nosotros. Las apuestas están contra mí. Lo sabes, ¿verdad?

Sydney echó los hombros hacia atrás, a sabiendas del efecto provocativo que tendría.

—Mi nivel de decepción depende de lo que hagas, Adam, no de lo que recuerdes.

Entonces, se acercó un poco más y se apretó contra él para sentir cada centímetro de su piel.

—Además, que recuperes la memoria no es el motivo por el que estamos aquí —añadió.

Adam la miró con hambre. Sydney dudaba que pudiera agotarla, pero estaba dispuesta a darle la oportunidad de intentarlo.

—¿En serio? ¿Y qué estamos haciendo aquí?

—¿Necesitas que te lo diga?

—No, prefiero que me lo enseñes.

—Lo haré, Adam. Espera treinta segundos.

Esperaron en silencio, mientras el ambiente se iba cargando de electricidad.

Sydney se estremeció porque sabía lo que iba a suceder, y Adam se sobresaltó cuando los aspersores se pusieron en marcha. Rápidamente, la tomó de la mano y tiró de ella hacia el coche, para protegerla del agua.

Ella se resistió, riendo.

—¡No! La última vez lo hicimos así.

—¿Hicimos el amor entre los aspersores?

—Bueno, en realidad estaba lloviendo. Pero los aspersores son lo más parecido que tenía a mano.

Adam la abrazó, encantado con sus ocurrencias.

—Alguien llamará al encargado si siguen encendidos...

Por suerte, Sydney ya había considerado aquel problema.

—No te preocupes por eso. Llamé a Chad antes de que nos marcháramos y le dije que no interviniera.

—Piensas en todo, ¿eh?

Él la abrazó con más fuerza y ella pasó los brazos alrededor de su cuello antes de besarlo en los labios.

—¿Has encontrado los preservativos? —preguntó.

—Sí.

—Entonces, es cierto que pienso en todo.

Los aspersores los estaban regando desde tres direcciones distintas, y el agua fría contrastaba intensamente con el calor interno que los dominaba. Tras unos segundos, dejaron de reír y de saltar cada vez que sentían una nueva ráfaga. Adam la llevó hacia una pequeña depresión en el campo de golf donde estarían más protegidos del agua. En el suelo había extendido una manta que encontró en el coche, y se tumbaron en ella, cara a cara.

—No te muevas —dijo él de repente.

—¿Por qué?

—Porque antes de amarnos quiero mirarte. Beberte, por así decirlo.

—Beber incluye usar la boca —bromeó.

Adam le puso un dedo sobre los labios, para que dejara de hablar.

—Descuida, tengo intención de usar mi boca contigo, Sydney. Y voy a saciar mi sed de formas muy distintas. Pero primero, quédate quieta. Quiero memorizar tu cuerpo.

Sydney sonrió y respiró a fondo; después, cerró los ojos y alzó la barbilla como para que Adam supiera que estaba aguardando su exploración del mismo modo que todo lo demás en su vida: con grandes expectativas, sin miedos y sin arrepentimiento.

Adam también había sido así antes del accidente. Pero después había sucumbido a su suerte y había aceptado su destino en lugar de reescribir la historia.

Sin embargo, ahora tenía una segunda oportunidad.

Adam pensó que Sydney debía de ser la parte más fascinante de todos los años que había olvidado. La observó, mientras las gotas de

agua resbalaban por su cuerpo, y fijó la mirada en sus endurecidos pezones. La boca se le quedó seca. Estaba deseando lamerlos.

—Eres preciosa —dijo él—. Ojalá supiera decir algo más poético, pero...

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—No necesito poética, Adam.

—Pero la mereces.

—Las palabras son solo palabras. Todos podemos pronunciar palabras. Pero los hombres se distinguen por sus actos.

Adam la deseaba tanto que se maldijo por tener solo dos manos, diez dedos, dos labios y una lengua.

Como si hubiera notado su tensión, Sydney tomó las dos manos de Adam y las acarició antes de besarlas. Después, las llevó a su cuerpo. Puso una entre sus senos; y la otra, sobre su vientre.

—Empecemos —dijo ella con voz sensual.

—¿Tienes alguna preferencia?

La pregunta era una broma a medias.

Adam sentía curiosidad y quería saber cómo le gustaba hacer el amor. Por lo que la conocía, había supuesto que lo harían en el aparcamiento, contra uno de los pilares, o tal vez en el descapotable.

Pero la situación que había organizado resultaba mucho más dulce, y por tanto, sorprendente.

—Limítate a tocarme, Adam.

—Ese es mi plan —murmuró—. Ahora, túmbate y disfruta. Pienso tomarme mi tiempo.

—Pero yo también quiero tocarte. No tenemos que trabajar por turnos. Además, no sé si podré esperar.

—Haré que la espera merezca la pena —aseguró.

Adam comenzó besándola en la boca, mientras sentía cómo se endurecían los pezones de la mujer contra su pecho.

Puso las manos en sus senos y ella arqueó la cadera cuando él descendió un poco, lo justo para colocar su sexo entre los muslos de

Sydney.

Por fin, se inclinó sobre uno de sus senos y comenzó a succionarlo. Sydney estaba para entonces tan excitada que alcanzó el orgasmo de inmediato. Adam siguió lamiéndola, mordiéndola, devorándola, hasta que, unos segundos más tarde, se puso un preservativo y la acarició entre las piernas.

—Entra en mí, Adam.

—No tendrás que pedírmelo dos veces.

—Me alegro, porque nunca repito dos veces las cosas.

Sydney estaba húmeda y caliente. Ella le acarició el cabello y Adam apenas pudo esperar un momento antes de penetrarla con toda su fuerza, sin ningún control.

—Sí, Sydney. Sí, sí...

Sydney siguió el ritmo de Adam. Él la tomó de las manos, entrelazando sus dedos, y ella cerró las piernas alrededor de su cintura. Estaba tan excitado que llegó al clímax en muy poco tiempo, pero sabía que ella aún estaba dispuesta, que su hambre no se había saciado, de modo que comenzó a acariciarla y consiguió que alcanzara el orgasmo por segunda vez.

El agua de los aspersores aún seguía cayendo sobre ellos, y en poco tiempo comenzaron a tener frío.

—No sé dónde he puesto la ropa —dijo Sydney.

—¿Hay alguna ley que impida conducir sin ropa?

—¿En un descapotable? Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo experiencia al respecto.

—Entonces, podríamos poner la capota —sugirió.

Adam tampoco recordaba dónde estaba exactamente la ropa de Sydney, pero sabía dónde había dejado la suya: la había llevado al coche y estaba en uno de los asientos, de modo que podían compartirla.

—O podríamos quedarnos aquí para siempre —dijo ella.

Sydney se levantó, miró a su alrededor y localizó su top. Estaba lleno de hierba.

—Debo advertirte que todavía no he terminado contigo —dijo Sydney—. ¿Y tú? ¿Has terminado conmigo?

Adam pensó que no había terminado con ella en absoluto. Estaba deseando volver a sentirse en su interior, hacerle el amor de nuevo.

Entonces, ella lo miró con repentina seriedad y preguntó:

—¿Has recordado algo?

—¿Recordado? Pero si ni siquiera me has dado ocasión de hacer nada...

A pesar del tono de humor de Adam, Sydney sonrió con tristeza.

—¿No has recordado nada de nada? ¿Ni siquiera un detalle?

—Estaba disfrutando del momento, Sydney. Espero que me perdones, porque la culpa es totalmente tuya.

Sydney se relajó entre sus brazos.

—Oh, claro, echa la culpa a la mujer. ¿Por qué tiene que ser así siempre?

Sydney no recordaba que la risa de un hombre la hubiera animado tanto en ningún momento. Adam siempre había sido un gran amante, pero había cambiado para bien: reía con ella, bromeaba con ella y se comportaba como su igual en todos los sentidos.

Cuando llegaron al coche y él le puso su camisa, vistiéndola como un padre a una hija, Sydney comprendió que ya no le interesaba el viejo Adam. Ya no le importaba que no recordara que un año antes habían hecho el amor en aquel campo de golf. Ahora tenían nuevos recuerdos.

Adam se puso los vaqueros y dijo:

—Yo conduciré.

Sydney sonrió y se acomodó en el asiento del copiloto.

—¿Sabrás volver?

Ella se puso el cinturón de seguridad y cerró los ojos, con una enorme sonrisa de satisfacción en los labios.

—Es curioso, pero recuerdo perfectamente el camino de vuelta a tu dormitorio.

Sydney se relajó en cuanto Adam arrancó el vehículo. Estaba cansada y necesitaba echar una corta siesta para revitalizarse un poco y aclarar sus ideas.

Tenían una larga noche por delante. Y Sydney pretendía saborear cada segundo.

## Capítulo 9

Cuando regresaron a la casa, estaban tan cansados, que se quedaron dormidos después de ducharse. Hacia las tres y media de la madrugada, Sydney se levantó para ir al cuarto de baño y notó que la luz roja del contestador automático estaba parpadeando.

Comprobó el número desde el que habían llamado y no lo reconoció. Le pareció bastante extraño, porque tenía un sistema para evitar llamadas no requeridas. Bajó el volumen y pulsó el botón; esperaba que fuera un mensaje de Jillian, porque era la única persona que conocía capaz de burlar sus sistemas de seguridad.

Al oír la voz de su vieja amiga, sonrió. Su detective no solo era buena, sino también diligente. Cuando terminó de oír el mensaje, se dirigió a la cocina.

— ¿Quién era?

Sydney se volvió y vio a Adam en el umbral, sin más ropa que una toalla enrollada a la cintura. Al contemplarlo, se sintió desfallecer. Era un hombre inmensamente atractivo y estaba colada por él.

— Era Jillian. Ha debido de llamar cuando estábamos en el club de campo.

— ¿Ya ha descubierto algo? — preguntó mientras se servía un vaso de agua.

— Claro, te dije que es la mejor.

Sydney pasó a explicarle lo que había descubierto. Al parecer, el mensajero se llamaba Kyle Sanderson y vivía en el 1445 de Shore Side Boulevard, en el apartamento 2A. Ya no trabajaba para la mensajería, sino para una empresa llamada Sanderson que tenía su domicilio fiscal en la misma dirección.

— Esa calle está junto a la bahía — comentó Adam —. ¿Es que tiene mucho dinero?

— Quién sabe. Cuando yo lo conocí, no actuaba como si tuviera dinero. Puede que haya recibido una herencia. Pero nunca me dijo que su familia fuera rica.

— ¿Se lo preguntaste?

Ella frunció el ceño.

— No, no le habría preguntado algo así. Sin embargo, sé que en aquella época no habría podido comprarse una casa en esa calle.

Sydney se preguntó cómo habría podido comprarse una casa y abrir una empresa en esa zona. Kyle ni siquiera era un hombre particularmente inteligente, ni con excesivo talento. Pero tampoco habría imaginado nunca que pudiera ser un ladrón.

Volvió a comprobar su dirección y entonces cayó en la cuenta de que no vivía en un simple apartamento, sino en una casa de un complejo residencial bastante caro que daba a la bahía.

— Debe de ser una de las residencias que dan a la bahía de Tampa — explicó ella —. Es un sitio carísimo.

— ¿Más que esta casa?

— Por supuesto. Es evidente que las cosas le van bien a mi viejo amigo Kyle.

— Eso parece. Y nadie puede comprarse una casa en ese tipo de sitios sin tener dinero. Mucho dinero. ¿De dónde lo habrá sacado?

Sydney imaginó la respuesta y se estremeció. Dudaba mucho que Kyle hubiera recibido una repentina herencia familiar.

Había conseguido una gran cantidad de dinero en muy poco tiempo, y por tanto era muy probable que lo hubiera conseguido de forma ilegal. Por ejemplo, a costa de la vida de Adam.

Consideró la posibilidad de preparar una cafetera y charlar sobre ello en la cocina, pero pensó que estarían más cómodos en el dormitorio. Quería resolver todos sus problemas en veinte minutos para pasar a asuntos más interesantes.

—Vamos a la cama —dijo.

—No estoy seguro de que pueda dormir —comentó Adam con seriedad.

—Esta noche no podemos hacer nada, Adam. Pero sabemos dónde vive Kyle y dónde trabaja y estoy segura de que Jillian no habrá hecho nada que pueda levantar sus sospechas.

—Supongo que tienes razón. Además, se ha quedado todo este tiempo en la ciudad. Eso quiere decir que se siente a salvo.

—En ese caso, dejemos el asunto para mañana y disfrutemos mientras podamos de la noche.

Adam la abrazó con fuerza, pero dijo:

—Sydney, tengo que pensar en todo esto.

—¿Y qué tienes que pensar hoy que no puedas pensar mañana? Kyle tiene mucho dinero y es posible que lo haya obtenido de forma ilegal. Pero no lo sabremos hasta que no le hagamos una visita.

—¿Tú y yo?

—Sí, tú y yo. No en vano llevamos toda la noche juntos. ¿Dónde te has metido para no darte cuenta?

Adam se apretó contra ella con tal fuerza que su toalla cayó al suelo.

—Aquí, contigo.

—Tienes intención de ir a verlo, ¿verdad?

Él sonrió.

—Por supuesto. Dudo que confiese nada, pero quiero ver su reacción cuando vea que estoy vivo.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

—Yo no estoy tan de acuerdo. No me parece una buena idea que vengas conmigo. Te agradezco las gestiones que has hecho. Gracias a ti he conseguido su nombre y su dirección, pero preferiría actuar por mi cuenta.

—Podrías hacerlo, pero no lo harás.

—¿No?

—No. Soy tu mejor arma contra ese tipo. Kyle debe de saber que soy la única persona que recuerda que le diste los planos.

La sonrisa de Adam desapareció de inmediato. Sydney tenía razón, pero aquello era demasiado peligroso. Era el único testigo de un delito que había terminado con un posible intento de asesinato.

—No vendrás conmigo —dijo él.

—Por supuesto que iré. Mira, Adam, sé que es peligroso. Pero mi presencia podría servir para que Kyle se ponga nervioso y hable.

—¿Cómo sabes que no fue él quien intentó matarme?

—Si hubiera sido él, habría intentado matarme también a mí. Además, no soy tan indiscriminada en materia de amantes; los suelo elegir con cuidado y Kyle siempre me pareció una buena persona, aunque no demasiado inteligente.

Sydney sabía que podía estar equivocada, pero quería ayudarlo. Adam había estado a punto de perder la vida y había perdido su trabajo. Esta vez, quería estar a su lado.

—Necesitas mi ayuda, Adam, así que será mejor que te acostumbres a la idea.

—Sydney, no soportaría que te ocurriera nada malo. Si puedes acusarlo de un delito, es posible que quiera librarse de ti.

Adam la abrazó con más fuerza y ella se apretó contra él. Podría haber utilizado su atractivo para persuadirlo, pero prefería convencerlo con la fuerza de las ideas.

—Cierto, pero en tal caso ya habría hecho algo. Sabe que yo lo vi y sin embargo no he recibido ni una carta amenazadora durante el último año.

—Tal vez sea porque te marchaste de viaje justo después. Es posible que pensara que no volverías a verme y que no atarías cabos. Pero ahora que somos...

Adam no terminó la frase, aunque a Sydney le habría gustado que lo hiciera. No sabía exactamente lo que eran. Eran amantes, sin duda, pero aquella noche había surgido algo nuevo entre ellos, más

profundo y significativo que el sexo: la amistad.

—Nadie, salvo Jillian y Renée, sabe que estamos juntos otra vez. Y nadie tiene por qué saberlo —comentó ella—. Por otra parte, soy lo mejor que tienes para obligar a Kyle a hablar. No creo que actuara solo, así que debe tener compinches. Además, estoy segura de que sería más elocuente conmigo que contigo.

Adam la besó en la nariz y después en la boca.

—No voy a permitir que te enfrentes sola a él —declaró—. Eso está completamente fuera de lugar.

—Está bien...

—¿Está bien? ¿Cómo es posible que te haya convencido con tanta facilidad? —preguntó él con desconfianza.

—Es que eres un hombre muy convincente. Así que no me enfrentaré sola a él.

Adam la miró con cara de pocos amigos y ella estuvo a punto de reír.

—Es decir, insistes en que trabajemos juntos —dijo Adam.

—Por supuesto.

Sydney lo besó en los labios y dejó caer su bata al suelo en cuanto sus lenguas se encontraron. La pasión estalló de inmediato y en cuestión de minutos Adam la llevó al dormitorio.

Solo después de que se tumbaran en la cama, y de que Adam la besara de los pies a la cabeza, Sydney se permitió una enorme sonrisa de satisfacción. Si los dos trabajaban en el caso, tendrían que pasar mucho tiempo, juntos. El plan era perfecto.

Adam despertó hacia el amanecer y quiso reír. Sydney lo había manipulado a su antojo. Él pretendía reunirse con Kyle a solas para evitarle una situación potencialmente peligrosa y ella se las había arreglado para acompañarlo. Pero el accidente que había provocado su amnesia podía haber sido un intento de asesinato; a fin de cuentas, el acuerdo que estaba a punto de cerrar valía muchos millones para él y para el constructor.

Había algo, en todo caso, que no cuadraba en la historia: cómo había sabido Kyle lo de los planos; seguramente solo era un peón, alguien a quien habían pagado porque podía acceder a ellos.

Fuera como fuera, y gracias a Jillian y a Sydney, ahora podía enfrentarse a él y averiguar la verdad.

A las seis en punto de la mañana, se levantó y llamó a Renée desde la cocina de la casa. Sabía que su hermana se había mantenido en contacto con Meg.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Renée al oír su voz.

—Sí, estoy muy bien. Pero no quiero hablar de eso ahora.

—Como quieras. De todas formas, no pretendo meterme en tu vida amorosa.

Adam rio.

—Sí, claro. No pretendes meterte en ella porque ya sabes lo que ha pasado entre Sydney y yo.

—¿Me llamas a las seis de la mañana para echarme en cara que tienes vida amorosa y que yo no la tengo?

Renée estaba bromeando, pero Adam se dijo, de todos modos, que su hermana necesitaba hacer más vida social. Necesitaba que alguien la sacara de su seguro y previsible mundo, que la obligara a arriesgarse de nuevo.

Pero ese no era el mejor momento para iniciar una conversación de semejantes características.

—No, te llamo porque necesito el número de teléfono de Meg.

—¿Para qué?

—Porque necesito preguntarle algo sobre el mensajero.

—Sydney lo conoce. Pensaba que te ayudaría a encontrarlo.

—Me está ayudando, pero tengo que saber si ese mensajero estuvo alguna vez en mi oficina, si tuvo ocasión de saber lo valiosos que eran mis planos.

—¿Ya lo habéis localizado?

Adam comprendió que a Renée no le gustaba la idea de

involucrar a Meg en todo aquello, pero era necesario.

—Casi. Tenemos su dirección.

—¿Habéis llamado a la policía?

—Son las seis de la mañana, Renée. Dame el número y dejemos las preguntas para otra ocasión.

—Está bien, espera un momento.

Renée volvió un par de minutos más tarde y le dio el número de Meg, así como el nombre y el número de teléfono del agente que había estado trabajando en su caso. Adam apenas recordaba al hombre porque había pasado mucho tiempo desde entonces, pero recordaba perfectamente que el agente se había sentido muy frustrado por no poder ayudarlo.

—¿Me llamarás más tarde? —preguntó su hermana.

—Por supuesto. Dime una cosa, ¿por qué no te tomas unos días libres mientras intento averiguar lo que pasó? Tus pedidos ya están preparados, y si no recuerdo mal, tu amiga Betty pensaba ir a la playa esta semana, a la casa de sus padres.

Renée dudó antes de contestar.

—No quiero alejarme del teléfono. ¿Qué pasaría si me necesitas?

—Tienes un teléfono móvil, así que llévatelo. Solo será un día, Renée. Venga, diviértete un poco aprovechando que estoy lejos.

Su hermana rio.

—Tienes razón. A fin de cuentas, tú te estás divirtiéndolo.

—Y mucho, pero te recuerdo que no quieres que hable de eso...

—Gracias por recordármelo. Me llevaré el teléfono móvil a la playa, pero prométeme que me llamarás esta noche.

—Te lo prometo.

Adam colgó el teléfono y regresó al dormitorio. Sydney estaba tumbada en la cama sobre cinco cojines y tenía uno más sobre la cabeza, de tal modo que solo podía ver su nariz y su boca. Su aspecto era terriblemente seductor, sobre todo porque la sábana no le cubría todo el cuerpo: uno de sus senos estaba al descubierto.

Adam deseó lamerlo y se excitó. No podía pensar en otra cosa que en hacerle el amor, así que dio un paso hacia ella.

Pero se detuvo.

Durante el último año, había intentado no pensar en lo que había perdido desde el accidente. Ahora, gracias a Sydney, tenía la ocasión de descubrir la verdad. Sin embargo, no sabía qué lugar ocupaba ella en su vida. Había ido a buscarlo para retomar su vieja relación y no podía negar que se llevaban muy bien en la cama.

Además, Sydney simbolizaba dos cosas muy importantes para él: era la llave para desvelar el misterio de su accidente y una promesa de un futuro excitante. Por desgracia, no podría tener futuro alguno si no ajustaba las cuentas, antes, con su pasado. Pero de momento decidió concentrarse en el presente. Así que sonrió durante unos segundos mientras la contemplaba, y acto seguido se dijo que no existía razón alguna para permanecer allí, de pie, en lugar de acostarse con ella en la cama.

—Tienes los pies fríos —murmuró Sydney.

—Tú también —dijo él mientras le lamía un pezón—. Y tus pechos están helados. Pero descuida, yo los calentaré.

—¿Y qué hay de mis pies?

Adam le quitó el cojín con el que se había tapado la cara.

—Ya llegaré a ellos. ¿Qué te parece si empiezo por arriba y voy bajando poco a poco?

—Ya está —dijo Jillian.

Habían pasado los últimos quince minutos colocando un pequeño micrófono en el seno derecho de Sydney. Le molestaba un poco, pero al cerrarse la blusa y mientras se miraba en el espejo, entendió por qué Jillian cobraba tanto dinero por sus servicios. A pesar de que llevaba un atuendo muy sexy y ajustado, pensado para incomodar un poco más a Kyle Sanderson, el micrófono no se notaba en absoluto.

—Has hecho un gran trabajo —dijo Sydney.

—Sí, es cierto. ¿Seguro que no queréis retrasar la operación a la

tarde? Tengo una cita, pero habré terminado a las dos y podría acompañaros.

Sydney negó con la cabeza e hizo un gesto hacia la puerta. Adam estaba afuera, esperando en el pasillo de la oficina de Jillian.

—Adam quiere hacerlo cuanto antes. Se negó a que lo acompañara, pero por suerte cedió a mis poderes de persuasión.

—Típico de los hombres...

—No creas. Adam es cualquier cosa menos típico. Cualquier mujer correría el peligro de enamorarse de él.

Jillian la miró con asombro.

—Sydney Colburn, ¿qué me estás diciendo? Vas a arruinar tu reputación.

Sydney sabía perfectamente a qué se refería. Conocía a Jillian a través de su marido, Cade Lawrence, un expolicía que había sido compañero de Jake Tanner, quien a su vez se había casado con Devon, su mejor amiga. Desde el principio se habían caído muy bien, y Sydney se alegraba de poder confiar en alguien ahora que Devon estaba de luna de miel.

—Sigo siendo la misma persona de siempre —dijo Sydney—. Pero él es un hombre diferente.

—¿Diferente al que era antes del accidente o diferente al resto de los hombres que has conocido?

Sydney se mordió el labio inferior. No llevaba demasiado tiempo con Adam y todavía no sabía ni lo que sentía por él ni hasta qué punto había cambiado. Solo sabía que el hombre que siempre había considerado fuerte como un titán, ahora la sobrepasaba en muchos más sentidos.

Era más valiente, más interesante, pero también más dulce y más cauteloso. Y su cautela no escondía miedo alguno, sino el simple sentido común de valorar las cosas. Ahora conocía el verdadero valor de la vida.

—Diferente en los dos sentidos.

—En ese caso, me temo que tienes graves problemas.

—Y que lo digas. Pero me los he buscado yo sola.

Sydney se ajustó la blusa para conseguir el máximo escote posible. Había pensado que podía seducir a Adam para conseguir que recobrarla la memoria y había fracasado. Ahora, intentaría seducirlo para conseguir que se enamorara de ella.

—Sin embargo, no es nada que no pueda manejar —continuó.

—No lo dudo —dijo Jillian.

Jillian se alejó, abrió la puerta del despacho e hizo un gesto a Adam para que entrara. Sydney se sentó en el sofá y simuló que ajustaba las correas de sus zapatos de tacón alto; pero en realidad era una táctica para que Adam tuviera una visión lo más amplia posible de sus piernas.

La detective le arrojó unas llaves a Adam y dijo:

—Llévate mi coche. Tiene una radio desde la que se puede captar el micrófono que le he puesto a Sydney.

Adam se guardó las llaves.

—Veo que las mujeres actuáis con rapidez en lo relativo a vuestros coches —comentó él.

—Eso es porque no estamos ligadas emocionalmente a ellos —observó Jillian.

—Habla por ti misma —intervino Sydney—. Yo adoro mi descapotable. Me han dicho que me gusta tanto por un problema de mi infancia.

Jillian rio y los acompañó a la salida, atravesando el sinfín de controles de la sede del Hennessy Group.

—Necesito que me devolváis el Mustang a las dos de la tarde. ¿Me enseñas las llaves otra vez?

Adam se las sacó del bolsillo.

—Para desactivar la alarma, pulsa este botón —dijo Jillian—. Y cuando estés dentro del vehículo, pulsa el interruptor que hay bajo el volante.

—¿Qué pasa si no lo hago? ¿Estallará?

—No. Sencillamente, sufrirás una descarga eléctrica si agarras el volante y el coche no arrancará. Creo que también se cierran automáticamente las puertas, pero no estoy segura. No es una función que use con regularidad.

—Es obvio que te encanta la tecnología...

—Me gusta sentirme segura, eso es todo. Lo que me recuerda que estoy preocupada con vosotros. Puede que Kyle Sanderson parezca inofensivo, pero nunca se sabe. La gente es capaz de hacer cualquier cosa por dinero —comentó la detective.

Sydney movió la cabeza en gesto negativo para impedir que Jillian siguiera hablando y renovara los temores de Adam. Se había pasado toda la mañana recordándole que ella era la persona más adecuada para sacarle información a Kyle, e intentando convencerse de que podía hacerlo. Por fin, había conseguido convencer a su amante. Y ahora, gracias a Jillian, Adam podría escuchar toda la conversación a escasa distancia e intervenir si llegaba a ser necesario.

Además, se lo debía. Aún no sabía por qué, pero se lo debía. Adam había perdido muchas cosas en una sola noche y quería ayudarlo de algún modo. Y por otra parte, él le importaba.

—Tienes razón —dijo Sydney—. Pero lo que Kyle haya podido hacer por dinero no es nada en comparación con lo que yo estoy dispuesta a hacer por una apasionada relación sexual.

## Capítulo 10

Al ver la cara de Kyle, Sydney pensó que había elegido perfectamente bien su indumentaria. La blusa dorada, de escote muy generoso, enfatizaba sus senos; y la falda corta, combinada con medias negras, hacía el resto. Había pensado ponerse algo de cuero, pero no quería excederse: aquel era un asunto para actuar con sutileza.

En cuanto a Adam, estaba escuchando desde el coche. Con el micrófono que le había colocado Jillian bajo el sostén, él podía oír hasta los latidos de su corazón.

Era tan sensible, que podía hablar en voz baja y sólo lo oiría él.

Cuando por fin llamó a la puerta, Kyle abrió de inmediato.

—¡Sydney! ¿Qué estás haciendo aquí?

Sydney sonrió y entró en la casa directamente en cuanto notó que Kyle se alegraba de verla. No podía esperar a que la invitara. Tenía un trabajo que hacer.

Pasó ante un comedor y una cocina y se encontró en un salón de techos muy altos con un ventanal que ofrecía una vista preciosa de la bahía de Tampa y de la propia ciudad. El sofá y los sillones eran de cuero, y las mesas, de cristal y piedra.

—Vaya —dijo ella, en tono de admiración—. Veo que las cosas te van muy bien.

Kyle cerró la puerta y avanzó hacia ella.

—Mi suerte ha cambiado —explicó—. Mira, Sydney, me gustaría muchísimo enseñarte la casa, pero tengo una cita dentro de veinte minutos. ¿Por qué no dejamos esta reunión para más tarde?

Sydney lo miró con incredulidad.

—Ya me conoces, Kyle. Es ahora o nunca.

Kyle entrecerró los ojos.

—¿Qué haces aquí, Sydney?

Sydney pensó que Kyle era más inteligente de lo que había imaginado. Obviamente no creía que estuviera allí para hacer el amor con él, de modo que cambió de estrategia.

—Necesito cierta información. Nada complicado.

—¿Insinúas que soy idiota?

—Yo no me relaciono con idiotas, Kyle. Y sé que debes de ser muy inteligente si has conseguido comprarte una casa como esta. ¿Cómo lo has conseguido?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Es que estás escribiendo otro libro?

—Ahora no estoy escribiendo nada.

—Vi que saliste otra vez en el *New York Times*...

Sydney pensó que Kyle estaba intentando cambiar de conversación, pero naturalmente no estaba dispuesta a permitirlo. Si él intentaba ser sutil, ella podía serlo aún más.

—En cierto modo estoy aquí por eso.

Sydney se sentó en el sofá de cuero y cruzó las piernas ofreciéndole una buena visión de la parte superior de sus medias.

Kyle se metió las manos en los bolsillos.

Obviamente, había despertado algo más que un simple interés intelectual.

—¿Qué tengo yo que ver con el *New York Times*?

—He estado visitando a algunos amigos de la época en la que escribí ese libro, y tú eres uno de ellos. Adam Brody es otro.

Kyle bajó la mirada y Sydney supo que ocultaba algo. Aunque no era detective, tenía la costumbre de observar a la gente y sabía reconocer sus gestos y expresiones.

Obviamente, no le había gustado la mención de Adam. No le había gustado en absoluto.

—¿Quién?

—Adam Brody, el arquitecto. Antes vivía junto a mi casa.

—Ah, sí, aquel tipo alto de cabello castaño...

—De pelo color caramelo y unos ojos en los que cualquiera podría perderse —le corrigió—. ¿Sabes lo que le pasó?

—No lo sé. ¿Le has perdido la pista? ¿Es que manteníais alguna relación?

Sydney se encogió de hombros.

—Nos alejamos hace tiempo. Yo me marché de vacaciones hace un año, y cuando regresé, él se había marchado. Intenté localizarlo, pero no lo encontré y quiero hablar con él. Voy a marcharme a Nueva York para estar más cerca de mi editor.

Adam y Sydney habían acordado con Jillian que sería mejor que añadiera algunos detalles falsos a su historia. También habían decidido poner un micrófono en su casa para oír sus conversaciones cuando dejara caer la bomba y se marchara; Sydney lo llevaba en una mano y estaba esperando el momento preciso para colocarlo.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó él.

—Mañana. Pero tengo unos planos que Adam me pidió que me llevara a Escocia para que estuvieran a salvo. Sospecho que son valiosos. Me imaginé que él me llamaría después de que yo volviera, pero no lo hizo... Y como tú estuviste en su casa aquella noche, pensé que tal vez supieras dónde localizarlo.

—¿Te acuerdas de que estuve allí?

Kyle la miró con desconfianza y el corazón de Sydney se aceleró.

—Sí, claro que me acuerdo, pero tampoco es que seas inolvidable ni nada por el estilo —respondió, intentando simular que bromeaba—. Quería verte antes de marcharme, y como luego recordé lo de Adam, pensé que podría matar dos pájaros de un tiro. Sin embargo, tampoco es tan importante. Si no sabes dónde está, tiraré esos planes.

—¿Tirarlos? —preguntó, algo alarmado.

Sydney se levantó y se acercó a una de las estanterías. Pasó un

dedo por los libros y dijo:

—Supongo que sí. Conseguí localizar a su hermana, pero al parecer no se lleva muy bien con Adam. Me dijo que había vendido su casa y su negocio. La verdad es que me pareció un poco extraño, pero teniendo en cuenta que estamos en mitad de una crisis...

—¿Llevas los planos encima?

Sydney arqueó una ceja. Había acordado con Adam que no se arriesgaría y que no se utilizaría a sí misma como cebo. Sabía que debía responder negativamente, pero por un momento consideró la posibilidad de actuar de otro modo.

Sin embargo, no lo hizo. No quería poner en peligro toda la operación.

—No, los tiene mi abogado.

—¿Y vas a seguir buscando a Adam?

Ella apretó los labios y simuló que consideraba detenidamente la pregunta.

—No lo sé, puede que sí. Aunque por otra parte ya le he dedicado más atención de la que merece.

Sydney odió tener que decir algo así, aunque todo aquello fuera una farsa.

Odiaba tener que comportarse como si Adam no hubiera entrado, de nuevo, en su vida.

Siguió paseando por la habitación mientras charlaba con Kyle de sus negocios; su antiguo amante le explicó que había conseguido crear su empresa gracias a la ayuda financiera de un amigo, y mientras tanto ella ocultó el micrófono en su teléfono. Por desgracia, era un teléfono inalámbrico y tal vez no oyeran bien sus palabras si comenzaba a caminar de un lado a otro, pero no tuvo otro remedio. Jillian estaba convencida de que llamaría inmediatamente a sus compinches en cuanto ella se marchara de la casa.

Además, era bastante improbable que Kyle sospechara de ella. Nunca imaginaría que acababa de colocarle un micrófono.

Adam ajustó la frecuencia de la radio de Jillian cuando Sydney salió de la casa y caminó hacia el vehículo.

—Parece que no se ha alegrado mucho de verme —dijo ella cuando entró en el coche.

—No me extraña. No has hecho otra cosa que provocarle y tomarle el pelo.

—En otras circunstancias, me ofendería por ese comentario.

—¿Ofenderte? Soy yo quien debería ofenderse. Has dicho que no merezco la atención que me estás dedicando.

—Oh, vamos, sabes de sobra que eso formaba parte del engaño...

En ese momento, oyeron a través de la radio que Kyle estaba llamando por teléfono.

—Tenemos un problema —dijo Kyle unos segundos más tarde.

La conversación no se oía muy bien.

Tal y como Sydney temía, Kyle estaba caminando de un lado a otro y la señal era bastante débil. Solo podían oír frases entrecortadas.

—Sydney Colburn ha venido a verme... Sí, es cierto, nunca te hablé de ella. Estaba allí cuando recogí los planos.

Adam ya tenía lo que quería: una confesión. Sin embargo, no le serviría de nada. La policía no podía aceptar una prueba que había sido obtenida en una escucha ilegal, sin el necesario permiso de un juez.

—Es una amiga —continuó Kyle—. No, no quiero que la persigas. Ha pasado un año y ya has vendido los planos a esos extranjeros. Además no creo que sea un problema para nosotros, salvo por el hecho de que dice tener una copia de esos diseños. Al parecer, Brody se los dio para que los guardara. Pero Brody no ha aparecido y ahora lo está buscando.

Estuvieron oyendo la conversación unos minutos más. Adam estaba cada vez más enfadado. Efectivamente, Kyle había aceptado dinero a cambio de robar los planos. Sin embargo, y a juzgar por su

forma de hablar, llegaron a la conclusión de que no había sabido nada del accidente hasta después de que intentaran atropellarlo.

Kyle insistió varias veces en que le daba igual lo que hiciera la persona con la que estaba hablando siempre y cuando nadie llegara a saber que él había participado en el robo. Sin embargo, intentó proteger a Sydney. Era obvio que había creído la historia de los planos que supuestamente le había dejado Adam.

—De haber querido esos planos, habría intentado localizarla — continuó Kyle—. No creo que tengas motivos para preocuparte, aunque ahora existe una prueba que demuestra que él diseñó ese edificio.

Adam y Sydney no podían oír las palabras del compinche de Kyle, pero tuvieron la impresión de que le estaba gritando.

—Ese es tu problema —dijo Kyle—. Yo hice mi parte y quiero permanecer al margen de este asunto.

Kyle colgó el teléfono en ese instante y Adam y Sydney decidieron pasar a la segunda parte del plan.

\* \* \*

Sydney salió del vehículo, regresó a la casa y llamó a la puerta. Mientras tanto, Adam volvió a sintonizar la radio para oír esta vez el micrófono que Sydney llevaba encima. No sabía dónde se lo había puesto Jillian, pero estaba dispuesto a encontrarlo y a quitárselo con los dientes, tal y como había hecho con sus braguitas.

—Siento molestarte de nuevo —dijo Sydney cuando Kyle abrió la puerta—. Mi teléfono móvil se ha quedado sin batería y tengo que llamar a mi peluquero para que me arregle el pelo. ¿Puedo usar tu teléfono un segundo?

Kyle asintió.

—Por supuesto, siempre y cuando me envíes tu dirección cuando llegues a Nueva York. No he estado nunca y me gustaría conocer la

ciudad. Además, me gustaría volver a verte.

—Claro, te la enviaré...

Kyle la observó con sumo interés mientras Sydney avanzaba hacia el salón. Le parecía una mujer muy atractiva, y estaba deseando quitarle las medias poco a poco.

Sydney descolgó el teléfono y fingió que hablaba con su peluquero, aunque en realidad estaba utilizando la función de devolución de llamada del aparato; de ese modo, podrían saber a qué número había llamado Kyle.

Cuando terminó, se dirigió a la salida.

Esa vez, Kyle la acompañó a la puerta, así que Sydney se alejó hacia su descapotable en lugar de hacerlo hacia el vehículo donde estaba Adam. Una vez allí, arrancó el vehículo. Kyle entró de nuevo en la casa y desapareció.

Adam la siguió en el coche de Jillian y deseó poder hablar con ella, pero el micrófono que llevaba encima solo servía para oír, no para hablar. Además, Sydney aceleró enseguida y él no pudo alcanzarla: el Mustang no podía competir con el descapotable de la mujer.

—Eres un mal chico, Adam —dijo Sydney al micrófono—. No deberías correr tanto en el coche de otra persona. Cuando llegues al edificio de la oficina de Jillian, aparca a la sombra, en la esquina más alejada.

Adam obedeció y siguió sus instrucciones al llegar. Sydney no estaba por ninguna parte, de modo que abrió la portezuela con intención de salir a buscarla. En ese momento, oyó su voz en la radio:

—Siéntate y relájate, cariño. No hay prisa.

Adam miró a su alrededor. Sydney debía de estar cerca, porque era obvio que podía verla; lamentablemente, él no la podía ver a ella. Había ocultado muy bien su descapotable.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Sydney Colburn? —preguntó, aunque sabía que no podía oír.

Sydney encendió entonces la radio de su vehículo hasta que encontró una emisora que le gustó.

—Esto es perfecto. Un poco de jazz. Ahora, vamos a jugar...

Adam todavía no sabía lo que se traía entre manos, pero supuso que no sería nada inocente. Segundos después, distinguió lo que parecía ser el roce de una tela, y supo que procedía de algún lugar cercano a sus senos.

—¿Sabes lo que estoy haciendo, Adam? Me estoy desabotonando la blusa. Llevo un sostén negro, de encaje. Es muy suave, pero roza mis pezones. Sobre todo ahora que estoy aquí, sola, pensando en ti, pensando en lo que me haces y en lo que me harás cuando sepas dónde me oculto.

Adam se aferró al volante para apoyarse en algo. Todo aquello le resultaba increíble. Sydney pretendía seducirlo utilizando el micrófono de Jillian. Y él no podía hacer nada salvo escuchar.

# Capítulo 11

Sydney respiró a fondo, cerró los ojos y se dejó llevar por el sonido del saxofón en la radio. Ya sabía a dónde había llamado Kyle, y estaba segura de que la investigación que había iniciado con Adam iba a dar un nuevo giro. Sin duda alguna, el futuro les depararía un viaje en avión y un enfrentamiento bastante acalorado.

Sin embargo, también sabía que no debían actuar sin consultarlo antes con Jillian; pero aún faltaba una hora para que su amiga regresara a la oficina. Mientras tanto, tenía intención de aprovechar el tiempo para afianzar su relación con Adam por el procedimiento de compartir con él una fantasía sexual que no había satisfecho con ningún otro hombre.

Imaginó su cara, con sus increíbles ojos castaños, su nariz recta, sus grandes labios y su dura mandíbula. Lo imaginó tal y como lo había visto el día anterior, sin camisa, sudoroso por el largo día de trabajo y a pesar de ello tan cómodo con sus pantalones vaqueros como lo había estado, años antes, con sus elegantes trajes.

Pero Adam le interesaba tanto, que ya no la atraían únicamente sus atributos físicos. Era un luchador, un superviviente, un hombre que intentaba protegerla y que sin embargo confiaba tanto en su inteligencia como para permitir que viera a solas a Kyle. Era un hombre nuevo, y sobre todo un hombre que la volvía loca.

No era la primera vez que seducía a Adam de aquel modo. En cierta ocasión, durante una conferencia de escritores, lo había llamado por teléfono para hacer exactamente lo mismo. Había sido una experiencia intensa, excitante y nueva. Por desgracia, él no podía recordarlo y seguramente no lo recordaría nunca.

Sydney ya había asumido que su amnesia podía ser permanente, pero eso no le impedía recrear la situación.

Desde el lugar donde se encontraba, podía ver perfectamente el vehículo donde se encontraba Adam. Había tenido la inmensa suerte de encontrar un sitio para aparcar justo detrás de una pequeña pared que se encontraba al otro lado de la calle, y un enorme sauce llorón convertía el lugar en un escondite perfecto.

—Me he puesto esta ropa para seducirte, ¿lo sabías? —continuó hablando—. Sí, estoy segura de que a Kyle también le he gustado, pero él no me importa. Solo quiero hacer el amor contigo. Contigo, Adam.

Sydney se preguntó si Adam sería capaz de creerla, teniendo en cuenta la vida que llevaba. Pero se había prometido que nunca se arrepentiría de sus decisiones y no se arrepentía. La mujer que había sido la había convertido en la mujer que era, una persona sin miedo a vivir su sexualidad hasta el límite, una mujer que no temía explorar el placer en ninguna de sus posibles vertientes.

Solo existía un problema: no tenía miedo del amor, pero no estaba preparada para amar. Se encontraba en un territorio desconocido para ella.

—¿Sientes curiosidad por saber lo que estoy haciendo? He cerrado los ojos porque quiero imaginar que mis manos son tus manos, que me estás mirando. Cierra también los ojos, Adam. Imagínate.

Sydney se detuvo. Por primera vez, dudó de su capacidad de encontrar las palabras adecuadas para expresar sus emociones. Los libros eran una cosa, pero aquello era la vida real y quería que Adam ardiera por dentro con ella. Quería que se consumiera por la necesidad de entrar en su cuerpo, de unirse a su cuerpo y, en poco tiempo, tal vez, también a su alma.

Adam cerró los ojos, echó el asiento hacia atrás y subió el volumen de la radio para no oír otra cosa que la voz de Sydney.

Respiró a fondo y se relajó; nadie podía verlo y con toda seguridad tampoco podrían verla a ella. A pesar de los coches que entraban y salían del aparcamiento, a pesar de la luz de sol, estaban a solas, compartiendo una intimidad que lo arrojaba a un territorio sexual desconocido.

Mientras esperaba, oyendo el tema musical y las palabras de Sydney, intentó olvidar el asunto del robo de los planos.

Tenía intención de seguir con la investigación hasta el final, pero suponía que sus caminos se separarían pronto.

Por una parte, no quería ponerla en peligro. Por otra, sabía que su relación no tendría ningún futuro hasta que no atara los cabos sueltos del pasado.

—¿Me imaginas, Adam? ¿Puedes verme en tu imaginación? Mi blusa ya está totalmente abierta. Llevo un sostén negro.

Mmm... Me estoy acariciando los senos con un dedo, imaginando que eres tú quien me tocas, quien me excitas.

Adam podía imaginarla perfectamente. Podía imaginar su contacto, su sabor, el dulce aroma a espliego de su piel.

—Oh, sí, mucho mejor... Tengo tanto calor. El micrófono me molesta, pero no me lo voy a quitar porque no quiero que te pierdas ni una sola palabra. Ahora voy a tocarme los pezones, cariño. Voy a hacer lo que te gustaría hacer a ti. Voy a apretarlos entre el pulgar y el índice, justo antes de que tengas una erección. Oh, sí, exactamente así.

Adam sintió su erección entre las piernas y se estremeció. De repente tenía mucho calor, a pesar de que el aire acondicionado estaba encendido. Siguió escuchando, fascinado, mientras Sydney explicaba con todo detalle lo que iba haciendo.

Le dijo que se había lamido los dedos para acariciarse los pezones e imaginar que él se los lamía. Le dijo que podía sentir su contacto, y cuando por fin se metió una mano entre las piernas, Adam ya estaba tan fuera de sí que había perdido el control. Gimió de puro placer y

miró a su alrededor por miedo a que alguien pudiera verlo, pero no había nadie.

Entonces, recordó que había dejado unos prismáticos en el asiento del copiloto. Los tomó y los utilizó para intentar localizar a Sydney.

—Estoy cerca, Adam, muy cerca —dijo ella.

Adam sonrió. Efectivamente, estaba muy cerca, tanto, que por fin había descubierto su escondite.

Salió del coche, lo cerró y cruzó la calle para aproximarse al descapotable de Sydney por detrás.

Ella se llevó un buen susto cuando Adam entró en el descapotable de improviso. Toda su piel estaba ligeramente ruborizada, desde sus senos desnudos hasta su entrepierna.

—¡Adam!

Adam se arrodilló en el suelo del coche y comenzó a acariciarle una pierna, subiendo poco a poco hacia su sexo.

—Eres una chica mala, Sydney.

Los ojos de Sydney se iluminaron.

—¿Tanto como para que me desees?

—Te deseo, Sydney.

—¿Por cuánto tiempo?

Adam pensó que la desearía siempre, pero no podía decirle algo así en mitad de una situación como aquella. Sydney habría pensado que lo decía por la excitación sexual, no porque lo creyera realmente.

Introdujo un dedo en el sexo de su amante y la observó mientras se arqueaba de placer en el asiento.

—Por tanto tiempo como sea necesario —respondió mientras le introducía un segundo dedo—. ¿Crees que tardarás mucho?

Sydney se aferró al volante del descapotable y se puso en tensión. Él no tardó demasiado en llevarla al borde del clímax.

Sus gemidos le gustaban. Le agradaba saber que tenía poder sobre ella y necesitaba oír cómo alcanzaba el orgasmo. Necesitaba oír

sus gritos, salvajes y furiosos.

Lamió uno de sus senos y terminó el trabajo que había empezado. Los gritos de Sydney resonaron en sus oídos, y cuando por fin se relajó, la ayudó a vestirse de nuevo.

Sin embargo, Sydney permaneció extrañamente silenciosa. Estuvo sin hablar tanto tiempo, que Adam se preocupó.

—¿Sydney?

—Deja que me recupere un poco...

Perplejo, Adam salió del vehículo y decidió dar una pequeña vuelta por los alrededores. Sospechaba que había dicho o hecho algo que le había disgustado, pero no sabía qué. Pensó que tal vez se había topado con la horma de su zapato en materia sexual, y la simple idea bastó para que se sintiera muy orgulloso de sí mismo.

Entonces, Sydney arrancó el motor.

—Voy a llevar el coche al otro lado de la calle. ¿Subes?

Sydney sonreía de nuevo, y Adam pensó que estaba preciosa.

—Puedo ir andando. Además, quiero asegurarme de haber cerrado bien el coche de Jillian.

—Como quieras.

Sydney dio marcha atrás y esperó a que pasaran otros vehículos para cruzar la calle y dirigirse al aparcamiento. Durante unos segundos, Adam pensó que se iba a marchar. Pero se dijo que Sydney no lo abandonaría en una situación como aquella.

Se dirigió al coche de Jillian, comprobó que estaba cerrado y después se reunió con Sydney.

—¿Conseguiste el número de teléfono de la persona que habló con Kyle? ¿Ya sabes quién intentó matarme?

Ella asintió.

—Me temo que la información no te va a gustar.

—No saberlo sería aún peor. Además, tu pequeño numerito con el micrófono ya me ha alegrado bastante. Dudo que lo pueda olvidar.

Sydney lo miró con seriedad y dijo:

—Será mejor que tomes aire, Adam. Kyle llamó a la sede de Malcolm y Asociados, en Baltimore.

Sydney observó con detenimiento a Adam. Su rostro mostró primero incredulidad, después confusión y luego un intenso enfado ante la traición que había sufrido.

—¿Malcolm? ¿Estás segura?

Ella asintió.

—Sí, el número al que llamó era de esa empresa. Pero no podemos saber con quién habló exactamente. Puede que no lo hiciera con Marcus.

Adam retrocedió, negando con la cabeza como si todavía no pudiera creerlo. Marcus Malcolm había sido su mentor profesional. Le había enseñado todo lo que sabía y lo había animado a trabajar duro y a intentar hacer realidad sus sueños.

Aquello no tenía sentido. Marcus le había llamado poco después del accidente para ofrecerle su ayuda en todo lo que pudiera necesitar. Había sido un generoso ofrecimiento, pero ahora le parecía que tal vez lo hubiera hecho porque se sentía culpable.

—No puedo creer que Marcus esté involucrado.

—Yo no estoy diciendo que lo esté —dijo ella—. Pero no mates al mensajero, Adam. Solo sé que Kyle llamó a una persona de esa empresa.

Adam giró en redondo y se dirigió hacia el edificio de oficinas.

—¿Adónde vas?

—A ver a tu amiga. Y después, a Baltimore.

—¿Sin mí?

—No puedo ir contigo, Sydney. Alguien de esa empresa intentó matarme y no quiero que te involucres.

—Ya estoy involucrada.

—Los dos hemos escuchado la conversación de Kyle. Mientras sigas pareciendo inocente, nadie intentará atacarte. Pero será mejor que hables con tu abogado y le cuentes lo sucedido.

Sydney rio.

—Mi abogado fue juez y está acostumbrado a enfrentarse a asuntos peores. Además, nadie podría encontrar esos planos en su oficina porque no existen. Pero tú sí existes, tú eres real. Y no te dejaré en la estacada.

—Lo siento, Sydney, pero la decisión no es tuya.

Adam entró en el edificio sin mirar a Sydney, que se quedó helada.

Sydney pensó que estaba bromeando. No creía que fuera capaz de marcharse a Baltimore sin ella.

Lo siguió al interior del edificio. Adam estaba marcando el número de Jillian en uno de los teléfonos del vestíbulo, pero ella cortó la comunicación.

—Sydney...

—Adam...

—Esto no es ninguna broma, Sydney. Está en juego mi futuro.

—Técnicamente, no. Lo que está en juego es tu pasado. Yo soy tu futuro.

Adam la tomó de un brazo y la llevó a una tranquila esquina del vestíbulo.

—No me hagas esto, Sydney. Ahora no.

—¿Hacer qué?

—No podemos decidir nada sobre nuestra relación hasta que haya solucionado este asunto.

—Lo sé y comprendo que debes descubrir la verdad para seguir con tu vida, pero no hay razón para lo que hagas sin mí. Además, que te acompañe a Baltimore no quiere decir que tenga intención de acompañarte cuando te enfrentes a Marcus. Me limitaré a estar cerca por si me necesitas. Me limitaré a hacer lo que debería haber hecho hace un año.

La sinceridad de Sydney bastó para anular el enfado de Adam. Su tensión desapareció de repente. Se inclinó sobre ella, aspiró el aroma

de su cabello y dijo:

—Eres una mujer muy valiente, Sydney Colburn.

Ella negó con la cabeza; no sabía si tendría fuerzas para continuar. Se encontraba ante lo que podía ser amor verdadero, y aquello la asustaba.

—No soy tan valiente. Solo soy obstinada.

—Eso es cierto.

Sydney le dio un suave puñetazo en un hombro, sin saber qué decir. Las emociones de aquel día habían sido tan intensas, que prefirió tranquilizarse un poco hasta averiguar qué sentía exactamente por aquel hombre. No sabía si tendrían algún futuro. Y no sabía si estaba enamorada de él.

—Deberías preguntarle a la recepcionista si Jillian ya ha regresado —sugirió Sydney—. Seguro que puede darnos algún consejo sobre la forma de manejar la situación. Mientras tanto, llamaré por teléfono al aeropuerto y reservaré dos billetes a Baltimore. ¿Cuándo quieres que nos marchemos?

—Tan pronto como sea posible.

Sydney notó su angustia. Adam quería marcharse en aquel mismo instante. Necesitaba afrontar su pasado para tener un futuro. Solo entonces, cuando por fin supiera la verdad, podrían concentrarse en los asuntos del corazón.

## Capítulo 12

El local se llamaba Flanagan's Pub.

Sydney se dirigió directamente a la puerta, a sabiendas de que en Estados Unidos no se podía encontrar un lugar más agradable que un bar de barrio con nombre irlandés.

Antes de volar a Baltimore, Adam había insistido en que permaneciera al margen del asunto. No quería que sufriera ningún peligro, y aunque ella podría haber objetado que ya era mayorcita y que podía cuidar de sí misma, él ya lo sabía.

De hecho, le había demostrado claramente que respetaba su inteligencia y su rapidez de pensamiento. Y lo quería aún más por eso. Estaba enamorada de él.

Supo que se había enamorado de Adam cuando comprendió su necesidad de enfrentarse a todo aquello por su cuenta y riesgo. Además, la propia Jillian le había dado la razón y había afirmado que no tenía sentido que ella también se arriesgara. Pero también había insistido en que Adam se pusiera en contacto con el agente de policía que había llevado originalmente la investigación del caso.

Por suerte, el agente se acordaba de Adam y se mostró de acuerdo en interrogar a Kyle. Incluso llamó a un amigo del departamento de policía de Baltimore que le debía un favor. Adam estaría solo, pero vigilado todo el tiempo.

Esa fue la única razón por la que Sydney no cedió finalmente a la tentación de hacer lo que habría hecho una protagonista de sus novelas: seguir en secreto al hombre al que amaba. De momento estaba dispuesta a jugar aquel juego con las normas de Adam.

Por fortuna, su amante no le había dicho dónde debía esperar

mientras él intentaba descubrir la verdad, así que Sydney se dirigió al Flanagan's sin dudarlo. Le apetecía tomar una copa y por otra parte el local se encontraba a solo una manzana de la sede de Malcolm y Asociados. Si la necesitaba, podría llamarla a su teléfono móvil y estaría rápidamente a su lado.

Cuando entró en el local, caminó hacia la barra. La camarera, una mujer voluptuosa, llevaba unos vaqueros muy ajustados y una camiseta con un estampado de Jessica Rabbit.

—Bonita camiseta —dijo Sydney mientras se sentaba.

Sydney no se encontraba muy cómoda con el atuendo que había elegido aquel día. Llevaba un vestido de color verde esmeralda y zapatos de tacón alto. Ya que no podía serle útil a Adam, por lo menos quería estar atractiva.

—No tienes aspecto de que te gusten mucho las camisetas.

—Créeme, no visto de una forma tan elegante todos los días —dijo, riendo.

La camarera arqueó una ceja y Sydney añadió:

—Las camisetas me gustan tanto como a cualquiera, sobre todo si llevan un estampado como el tuyo. Me gusta pensar que tengo mucho en común con ese personaje. No es mala, es que la han dibujado de ese modo.

La camarera sonrió y le sirvió un whisky aunque ella no lo había pedido.

Después, se presentó:

—Me llamo Venus, Venus Messina.

—Yo soy Sydney Colburn.

—¿Sydney Colburn? ¿La escritora?

—Sí, la misma —respondió con una sonrisa.

—Vaya, me encantan tus libros. Tus heroínas nunca son unas inútiles.

Sydney suspiró al pensar en heroínas y héroes. Adam era tan perfecto que superaba al mejor de sus personajes masculinos. A

primera vista, parecía tener poco en común con ellos, pero era un verdadero príncipe azul.

—Por supuesto que no, porque son personajes reales. Y también lo son los hombres. De hecho, cumplir mis exigencias no es tan difícil... Lo difícil es encontrar al hombre adecuado.

—Bueno, a mí nunca me ha costado encontrar hombres —dijo Venus—. Pero lo difícil es que se queden contigo.

—¿Te refieres a los buenos o a los malos?

Venus suspiró.

—Los únicos que se acercan a mí son los que consiguen que pierda el trabajo o vacían mis cuentas bancarias. Los de ojos verdes, cabello castaño y una sonrisa que debería ser declarada ilegal no me duran nada.

Venus se quedó con la mirada perdida y Sydney se preguntó si estaba fantaseando o estaba pensando en alguien en concreto.

—Veo que te ha dado fuerte.

—Habla por ti misma —protestó.

La camarera le sirvió un segundo whisky y añadió:

—A las rebeldes nos cuestan mucho más las cosas. Nosotras intentamos vivir y no renunciamos a la idea de que el próximo hombre atractivo que aparezca podrá borrar el recuerdo del anterior.

—No hay tantos hombres atractivos —dijo alguien en ese momento.

Sydney se volvió hacia un lado y vio a una morena vestida de negro que se estaba tomando una cerveza. Era muy atractiva, con una figura digna de Angelina Jolie.

Venus se dirigió a ella y dijo:

—Casi había olvidado que estabas aquí. Ven a sentarte con nosotras. Las rebeldes debemos estar juntas.

La mujer sonrió.

—¿Las rebeldes? ¿Es que vamos a formar un club o algo así?

—El último club al que pertencí fueron las Girl Scouts y me

echaron a los once años, cuando me descubrieron espiando en la cabaña de los chicos. El jefe del campo me atrapó cuando estaba a punto de meterme en un armario con Tommy Callahan —dijo Venus—. Era un chico muy guapo.

—Yo nunca pertenecí a ese club. Visten de marrón, y el marrón no es mi color preferido —dijo la mujer de negro.

—Eh, pues mi madre nunca me perdonó por enseñarle mi ropa interior a los niños en preescolar —dijo Sydney.

—¿Por qué? —preguntó Venus.

—Eso mismo me pregunto yo —intervino la mujer de negro—. Al menos, tú llevabas ropa interior.

—Al parecer, hemos sido miembros del club de las rebeldes desde que nacimos, ¿eh? —comentó Venus.

Sydney asintió y acto seguido hicieron las presentaciones de rigor. La chica morena se llamaba Nicole Bennett.

Las tres mujeres estuvieron charlando un rato, hasta que el teléfono móvil de Sydney comenzó a sonar.

—¿Adam?

—No, soy el detective Bransom, del departamento de policía de Baltimore —respondió una voz.

—¿Adam se encuentra bien? —preguntó, asustada.

—Sí, pero me pidió que te llamara en cuanto lo tuviéramos todo organizado. Dijo que probablemente estarías cerca.

—Y es verdad. Estoy en la esquina, en el Flanagan's.

El agente rio.

—Dile a Joe que me enfríe un par de cervezas. Hoy libro y tengo intención de pasar por ahí en cuanto tu novio consiga lo que necesita.

—¿Crees que lo logrará?

—Nunca se sabe. Es un hombre muy decidido. Da la impresión de que nada puede detenerlo cuando se le mete algo en la cabeza.

—Sí, ya lo sé.

Cuando terminó de hablar con el policía, Sydney sacó un billete

de cien dólares y lo dejó sobre la barra. Venus quiso darle el cambio, pero Sydney se negó y le pidió que invitara a Nicole a tomar algo.

Ya estaba a punto de salir del local cuando se cruzó con un hombre imponente, alto y de cabello oscuro, que en otras circunstancias le habría parecido irresistible. Pero ella solo tenía ojos para Adam.

Salió a la calle y pensó que gran parte de su relación con él dependía de que consiguiera solucionar el asunto de los planos. Por suerte, esperaba que aquel día descubriera algo y que por fin pudieran aclarar su futuro. Pero si no era así, estaba decidida a seguir adelante de todos modos. Estaba enamorada de él, quería estar con él. Y cuando Sydney Colburn quería algo, lo conseguía.

Adam suspiró. Justo antes de entrar en el edificio había charlado con el detective Bransom para asegurarse de que se había puesto en contacto con Sydney.

Después, se guardó el teléfono móvil en uno de los bolsillos de la chaqueta, aunque no cortó la llamada: un teléfono no era precisamente como los modernos dispositivos de Jillian, pero no existía ley alguna que prohibiera llevarlo encendido; de ese modo, el policía podría oír todo lo que ocurriera.

Malcolm y Asociados ocupaba los dos primeros pisos del edificio de oficinas. La sede de la empresa estaba decorada con muy buen gusto, como le gustaba a Marcus, un hombre que era más que un mentor para Adam; además de ofrecerle un trabajo cuando terminó la carrera, se había portado muy bien con él durante el tiempo que había pasado en Maryland.

Su padre, Frank Brody, le había enseñado la importancia de ser íntegro y honesto. Marcus Malcolm le había enseñado cómo utilizar la integridad y la honestidad en el mundo de la arquitectura.

La idea de que Marcus pudiera estar involucrado en aquel asunto le parecía absurda. Pero no tenía más remedio que investigar todas las posibilidades.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó la recepcionista, una morena de ojos azules.

—Soy un viejo amigo del señor Malcolm. Me preguntaba si podría entrar para darle una sorpresa.

La atractiva joven lo miró con desconfianza a pesar de su sonrisa.

—No creo que sea posible. Pero si me da su nombre, lo llamaré y veré si puede recibirlo.

Al menos, ahora sabía que Marcus estaba en el edificio y no de viaje; cuando se marchaba, solía dejar la empresa en manos de Steven, su hijo. Aunque Steven y Adam eran más o menos de la misma edad, no tenían demasiadas cosas en común; al contrario, entre ellos había surgido una fuerte rivalidad desde el principio.

Solo entonces se preguntó si aquella rivalidad sería motivo suficiente, por parte de Steven, para robar sus planos e intentar asesinarlo. Steven no podía ganar nada con ello, salvo dinero; y ya era enormemente rico.

En ese momento decidió cambiar de idea. Si Marcus o Steven estaban involucrados, no quería que tuvieran tiempo suficiente de reaccionar. Si le habían robado los planos, estarían allí mismo, en el edificio.

—Espere un momento —dijo a la recepcionista—. ¿Podría llamar a Linda? Dígame que un viejo amigo suyo está aquí, pero que quiere dar una sorpresa a Marcus.

—De acuerdo, siéntese. Iré a ver si está en su despacho...

Adam no sabía si Linda seguía siendo la secretaria de Marcus, pero el intento merecía la pena. Linda era la hermana de la esposa de Marcus, y según su viejo mentor, la mejor profesional en su categoría. Así que supuso que no se habría deshecho de ella en los años transcurridos.

Unos minutos más tarde se abrió una puerta y apareció Linda. En cuanto lo vio, se acercó a él con los brazos abiertos.

—¡Dios mío! No puedo creer que estés aquí...

Adam sonrió y la abrazó con fuerza.

—Me alegro mucho de verte, Linda.

—¿Que te alegras de verme? ¿Y eso qué importa ahora? No fui yo quien estuvo a punto de morir... ¿Dónde te habías metido? Marcus no hace otra cosa que hablar de ti. Por cierto, ¿sabes que por fin construimos aquellos edificios en Asheville? Recuerdo que tú trabajaste en ese proyecto. No puedo creer que hayan pasado diez años.

—Ni yo. Pero tú estás igual que entonces.

Ella le dio una palmadita en la espalda.

—Siempre fuiste un encanto... Ya verás, Marcus se va a alegrar mucho de verte. Le darás una buena sorpresa.

Linda lo tomó del brazo y lo llevó al interior de las oficinas de la empresa. Resultaba evidente que su alegría no era en modo alguno fingida, y sintió una fuerte nostalgia al recordar los tiempos pasados.

Pero el sentimiento de nostalgia le duró poco. En aquel preciso instante, se encontró cara a cara con Steven Malcolm.

—¿Brody? ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

## Capítulo 13

—No me ha gustado cómo ha sonado eso —dijo Sydney.

Sydney se encontraba sentada en el coche del detective Carl Bransom. Como Adam había dejado el teléfono conectado, estaban oyendo todo lo que sucedía en el interior del edificio.

—Relájate. Seguiremos aquí a menos que alguien lo amenace.

—Tú puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, pero no es mi estilo.

Sydney intentó abrir la portezuela del vehículo para salir, pero el policía la agarró de un brazo y la detuvo.

—Eso no sería una buena idea.

Sydney apretó los dientes, enfadada, pero sabía que Bransom tenía razón. No había ocurrido nada y, por otra parte, debía permitir que Adam resolviera sus propios asuntos. Además, podría oír todo lo que sucediera mientras permaneciera en aquel vehículo.

—Steven... —oyó que decía Adam—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

Sydney cerró los ojos, intentando imaginar la cálida sonrisa del hombre que amaba, el brillo de sus ojos castaños y la forma de sus hombros bajo el elegante traje que había rescatado de la casa de su hermana.

Siguió escuchando la conversación.

Steven parecía algo más que sorprendido al verlo: parecía enfadado. Por suerte, no tardaron mucho en dirigirse a ver a Marcus Malcolm, el dueño de la empresa y el hombre que tanto había influido en Adam durante sus años de formación.

—¿Tienes algo dulce en el coche? —preguntó Sydney al policía—.

Preferiblemente, algo de chocolate.

Bransom rio, abrió la guantera y sacó una barrita de chocolate con frutas.

Adam se llevó una mano al bolsillo de la chaqueta donde había dejado el teléfono móvil, esperando que la conexión no se hubiera cortado. Había notado perfectamente la animosidad de Steven Malcolm; al parecer lo odiaba, y no sabía por qué.

Sin embargo, no se le ocurrió ninguna excusa para llamar a Meg y preguntarle si Steven y él habían tenido algún tipo de enfrentamiento durante los cinco años que había olvidado, así que no tuvo más remedio que seguir con el plan original.

—Marcus está en la sala de conferencias —dijo Linda.

Adam miró a Steven y vio que lo estaba observando. Lo miraba con dureza, pero no dijo nada.

—Preferiría verlo en su despacho si es posible —comentó Adam—. ¿Por qué no vas a buscarlo?

Linda los miró y notó la tensión entre los dos hombres, pero se marchó sin decir nada y entró en la sala para avisar a su jefe. Mientras tanto, Adam y Steven entraron en el despacho. Unos segundos después, apareció Marcus en persona.

—¡Adam!

El hombre se acercó a él y lo abrazó.

—Me preguntaba cuándo aparecerías por aquí para reclamar tu parte —dijo.

—¿Mi parte? —preguntó Adam.

—Por supuesto. Tengo un cheque que te está esperando desde que vendimos el diseño a Malasia. Y yo añadí uno más cuando nos contrataron para supervisar y desarrollar la construcción. Tengo la impresión de que a partir de ahora vas a vivir muy bien.

—Lo dudo.

—¿Cómo?

Marcus miró a Adam con tal gesto de sorpresa, que supo que no

había tenido nada que ver en el robo de los planos.

—Marcus, tengo que hablar contigo. Y tal vez sea mejor que le digas a Linda que nos deje solos un buen rato.

—Está bien, como quieras...

Marcus se sentó detrás de su escritorio y Adam y Steven se sentaron frente a él.

—¿De qué quieres hablar, Adam? —preguntó entonces Marcus.

—Tal vez sería mejor que Steven hablara en primer lugar —dijo Adam.

—No sé de qué estás hablando —dijo Steven.

Adam rio.

—Steven, estás atrapado. La policía de Tampa está interrogando en este momento a un hombre llamado Kyle Sanderson. ¿Te acuerdas de él? Creo que hablasteis ayer por teléfono. Su abogado va a pedir que salga en libertad sin cargos a cambio de que cuente a la policía cómo conseguiste poner tus ensangrentadas manos en mi diseño.

—¿Ensangrentadas? Adam, ¿de qué diablos estás hablando? —preguntó Marcus.

—Pregúntaselo a Steven —respondió con voz sorprendentemente tranquila.

—¿Steven?

En aquel momento sonó el teléfono de Adam, que maldijo su suerte. Probablemente se había cortado la conexión.

—Perdonadme un momento, voy a ver quién me llama... ¿Dígame?

—Hola, cariño —respondió Sydney al otro lado de la línea—. Deberías comprobar el teléfono antes de empezar con la mejor parte del interrogatorio. La conexión se había cortado.

—Bueno, no te preocupes. Gracias a ti, he solventado el problema.

Adam simuló que cortaba la comunicación, pero en realidad no lo hizo. Esta vez, sin embargo, se quedó con el teléfono en la mano para evitar que se apagara en la chaqueta.

—¿Qué estabas diciendo, Steven? —preguntó Adam.

—No estaba diciendo nada. Y no voy a hacerlo.

—¿En serio? Tal vez deberías considerar que estoy perfectamente recuperado a pesar de tus intentos. Soy más fuerte y más rápido que tú, y estoy muy enfadado. Es posible que ya no sea capaz de diseñar edificios, pero puedo darte una buena paliza.

Marcus se levantó de repente de su butaca y dijo:

—Tal vez será mejor que hable yo.

Adam se quedó asombrado.

—¿Tú? ¿Lo sabías? ¿Sabías que Steven robó mis planos y que estuvo a punto de matarme?

—¿Qué?

—Eso no tenía que suceder —intervino Steven—. Las cosas no tenían que salir de ese modo.

—Si pretendes culpar a Kyle por el accidente, ahórrate el esfuerzo —dijo Adam—. Sé que él no tuvo nada que ver.

—Es cierto, no tuvo nada que ver. Ni yo tampoco —explicó Steven—. Nadie pretendía que salieras herido. Pero eres tan obstinado... Te ofrecí el contrato del siglo y no lo aceptaste.

—¿Me ofreciste un contrato?

—Y muy bueno. Sabía que podía vender tu proyecto por diez veces más que lo que te habían ofrecido a ti. Soy mucho mejor ejecutivo que arquitecto, pero no quisiste aceptar el dinero.

—¿Qué dinero? —preguntó Marcus.

—El que le ofrecí a cambio de sus planos. Tú no dejabas de hablar de Brody y de lo mucho que te habría gustado que diseñara ese edificio cuando estaba trabajando para nosotros.

—¿Y le robaste los planos?

—Me quedé con ellos para intentar convencerlo de que mi oferta era más que generosa. No se suponía que iba a estar a punto de morir.

—Eso es lo que sucede cuando se contrata a alguien para que

atropelle a otra persona —observó Adam.

Steven no dijo nada, pero Adam comprendió enseguida que había algo que no encajaba en aquella historia y preguntó:

—¿Cómo supiste que había terminado el proyecto?

—Me puse en contacto con el contratista que te hizo la oferta —respondió Steven.

—¿Y cómo te las arreglaste para involucrar a Kyle?

Steven se cruzó de brazos y suspiró como si todo aquello le aburriera.

—Sabía que enviarías los planos por mensajero. Después, mis socios se encargaron de tu casa y de tu oficina. Con el dinero que ofrecía, podía comprar a cualquiera.

Adam no podía creer que hubiera confesado su implicación de forma tan sencilla, pero Steven siempre había sido muy arrogante. Probablemente había pensado que no podía denunciarlo a la policía porque no tenía prueba alguna; era su palabra contra la de él, y Marcus estaría dispuesto a mentir en su defensa.

—Nombres, Steven. ¿Quiénes eran esos socios de los que hablas?

Marcus intervino otra vez.

—No sigas hablando, no digas ni una palabra más...

—Marcus, estuvo a punto de matarme por dinero —dijo Adam—. Exijo una explicación.

Marcus dudó, pero dijo:

—Steven no sería capaz de matar a nadie.

—Es verdad. Cuando conseguí los planos, di órdenes de que entraran en tu despacho y te hicieran desaparecer una temporada, hasta que comprendieras que nuestro acuerdo podía ser muy beneficioso para los dos —dijo Steven—. Pero tú...

—¡Cállate de una vez! —exclamó Marcus.

Adam sabía que había llegado el momento de la verdad, pero no era capaz de hacerlo por respeto a su viejo amigo Marcus. Se encontraba en una situación muy delicada y no quería hacerle más

daño.

Marcus pulsó entonces el botón del intercomunicador y dijo:

—Linda, llama ahora mismo a mi abogado. Lo quiero aquí de inmediato.

—No podrás evitar que se descubra la verdad, Marcus —observó Adam—. Estuvo a punto de matarme y robó mi mejor obra. Incluso hizo algo peor: robarme mi futuro como arquitecto. Tiene que pagar por lo que hizo. Me aseguraré de ello.

—Steven es un tonto. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Si tuviera la mitad del talento que tú tienes, nunca habría sentido celos de ti —dijo Marcus—. Pero es mi hijo y soy responsable de él.

—¿Tú sabías lo que había sucedido?

—¡Por supuesto que no! De haberlo sabido, nunca habría comprado esos planos. Pero Steven me convenció de que habías aceptado su oferta tras sufrir ese accidente. Y cuando supe que habías perdido la memoria, decidí hacer lo que estuviera en mis manos para que consiguieras tanto dinero como fuera posible. Eso es lo que he hecho.

—El dinero no es lo que me interesa, Marcus.

Marcus entrecerró los ojos.

—Si te olvidas de este asunto, lo tendrás todo.

Marcus tomó un papel y escribió una cifra verdaderamente increíble. Después, añadió:

—Puedes marcharte con esta cifra en el bolsillo. Nosotros seguiremos con el proceso de construcción, pero también te llevarás una parte.

Era mucho dinero. Tanto que podía comprarle a Renée una mansión, darle el capital suficiente para que contratara a todas las personas que necesitara para su negocio y seguir siendo rico después.

Pero la idea de quedarse con un dinero que estaba manchado con su propia sangre le pareció realmente absurda.

Adam rio sin humor alguno.

—No se trata solo de dinero, Marcus.

—Lo sé, pero es todo lo que te puedo ofrecer. Eso, y mis disculpas. Lo siento mucho. No sabía lo que había pasado. No tenía la menor idea.

Adam quiso contestarle, pero en ese momento entraron dos abogados. El primero de ellos se llevó a Marcus del despacho; y el segundo, se llevó a Steven.

Después, Adam se sentó, todavía asombrado. No sabía si había rechazado la oportunidad de su vida o si había hecho lo correcto.

No lo sabía. Sencillamente no lo sabía.

Sydney oyó toda la conversación, alternada con la charla que Bransom había mantenido con el agente del departamento de policía de Tampa. Al parecer, Kyle había firmado una declaración en la que afirmaba que Steven Malcolm había organizado el robo de los planos. Bransom comentó que Steven caería más tarde o más temprano, aunque tardarían un poco en arrestarlo porque tenía buenos abogados.

En cuanto a Adam, se negó a marcharse de Malcolm y Asociados sin los planos de su obra, así que Marcus ordenó a su secretaria que se los empaquetara. Se había salido con la suya, pero no podría hacer nada con ellos hasta que solucionaran todo aquel embrollo. No podía aceptar el dinero que le habían ofrecido.

Hacer justicia era mucho más importante.

En cuanto salió del edificio, Sydney corrió hacia él.

—Arrojarme a tus brazos y besarte por tu victoria va a resultar bastante difícil teniendo en cuenta que tienes las manos ocupadas — dijo ella, refiriéndose a la caja con los planos.

—Lo siento.

Adam siguió caminando y saludó al detective Bransom, que seguía en su vehículo. Después, el policía arrancó y se alejó, seguramente con intención de tomarse la cerveza prometida en

Flanagan's.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

Sydney quiso ayudarlo con la caja, pero él se negó.

—Puedo llevarla yo mismo.

Entonces, ella decidió parar un taxi.

Entró en el vehículo y esperó a que Adam la siguiera, pero en lugar de eso cerró la puerta y ordenó al conductor que la llevara a su hotel.

—¡Espera! —gritó ella a través de la ventanilla—. ¿Adónde crees que vas?

—Me apetece dar un paseo. Lo necesito. Te veré en el hotel.

Sydney lo miró con ojos enrojecidos y una enorme frustración. Comprendía que necesitara dar un paseo para relajarse un poco. Seguramente había deseado dar una buena lección a Steven Malcolm y a su padre, pero era evidente que había pensado que la violencia no resolvería nada.

No sabía qué iba a hacer con su vida. Y sobre todo, no sabía dónde encajaba ella.

—Te estaré esperando.

Sydney no mintió. Estaba dispuesta a esperar, aunque desconocía por cuánto tiempo. Nunca había sido una mujer paciente; tal y como había comentado a Nicole y a Venus en el Flanagan's, las verdaderas chicas rebeldes no cambiaban a no ser que desearan hacerlo. Y a ella le gustaba vivir el presente.

Pero la cuestión era otra bien distinta.

Ahora necesitaba averiguar si Adam ya se había liberado de su pasado o si, por el contrario, se había quedado atrapado en él.

# Capítulo 14

Adam dudó al llegar a la puerta de la suite. Se sentía muy frustrado a pesar de que había recobrado los planos, pero al menos ahora sabía que se iba a hacer justicia. Por desgracia, no podía hacer nada para acelerar el proceso.

El único aspecto de su vida que de momento podía controlar era su relación con Sydney. Deseaba entrar en aquella suite, charlar con ella y tal vez hacer el amor. Era una mujer fuerte, generosa y valiente. Y sin embargo había permitido que afrontara solo la última parte de su pequeña investigación, sin protestar. A su lado, se sentía como si pudiera hacer cualquier cosa.

Lamentablemente, también sabía que amar a Sydney tendría un precio. Desde el momento en que la había visto en su descapotable rojo, había dejado bien claro que quería algo más que una relación sexual.

Quería amor, compromiso, y estabilidad.

Pero él no podía ofrecerle nada parecido a la estabilidad. Y en cuanto al compromiso, no sabía si era demasiado pronto.

Solo le podía ofrecer amor, pero incluso eso le parecía imposible, dado que solo llevaban dos días juntos. Ella recordaba todo el pasado, pero para él solo habían transcurrido unas cuantas horas.

Sin embargo, conocía su sentimientos y sabía que estaba enamorado de Sydney.

La respetaba, la admiraba y la quería de un modo tan profundo que se emocionaba al pensar en ello.

No tenía más opción que hablar con Sydney, contarle sus temores y dejar que decidiera si estaba dispuesta a esperar a que resolviera su

futuro. No quería que se marchara, pero tampoco la culparía si lo hacía.

Abrió la puerta y entró en la suite.

Dejó los planos en el armario y cerró la puerta con llave.

Sabía que Sydney estaba allí, en alguna parte. Podía notar su presencia. Además, sus braguitas estaban en el pomo del armario y olía a jabón y a champú, así que supuso que se habría estado bañando.

Se quitó la chaqueta, la corbata y el cinturón, se desabrochó la camisa y se libró de los zapatos. Después sacó las llaves, el teléfono y la cartera del pantalón y se quitó los calcetines. Solo deseaba desnudarse y descubrir si ella también estaba desnuda.

Al entrar en el dormitorio, oyó una suave pieza de jazz al fondo. Sydney se había quedado dormida en la cama. Todavía tenía el pelo húmedo y su piel brillaba bajo la luz de las velas que había dejado encendidas. Adam se excitó de inmediato al verla.

—¿Sydney?

—¿Mmm?

—Sydney, despierta. Tenemos que hablar.

—No quiero hablar —dijo ella, entre sueños.

—Sydney, cariño, despierta...

Sydney abrió los ojos y se sentó en la cama.

—¿Por qué has tardado tanto tiempo en volver? Llevo esperando más de seis horas. Casi me muero de aburrimiento.

Adam sonrió. Ciertamente había tardado mucho en volver, pero había pasado por el Flanagan's para hablar con Bransom, y el detective se había empeñado en presentarle a un representante de la oficina del fiscal para que lo ayudara en el caso.

—Sydney, tenemos que hablar —insistió él.

Adam insistió en que Sydney se pusiera una bata, pero ella se negó y prefirió envolverse con la sábana. Resignado, Adam le contó que tendría que poner el asunto de los planos en manos de un

abogado para que defendiera sus intereses y planteara una posible denuncia contra Steve Malcolm. Después, le dijo todo lo que sabía sobre la investigación policial en Florida y en Maryland y ella se limitó a escuchar con atención y a hacer algunas preguntas pertinentes al respecto.

Por fin, Adam llegó a donde quería llegar y le confesó que el asunto era tan complicado que podía pasar mucho tiempo antes de que recobrar el dinero que le debían y sus derechos sobre la obra.

Sydney se cruzó de brazos y apretó los labios.

—¿Y eso adónde nos lleva?

—A ninguna parte.

—¿Qué podemos hacer ahora?

—No mucho. Los dos delitos se llevaron a cabo en Florida, así que la policía tendrá que interrogar a Steven y contrastar su declaración con la de Kyle. Es verdad que intentó protegerte aquella noche al no decirle a Steven que estabas presente en mi casa, y casi estoy convencido de que no sabía nada sobre el plan de atropellarme —respondió—. Si habla, creo que tendremos que denunciar a Steve. Tengo mis propios planes, pero hasta que la justicia dicte una sentencia en firme, el contrato que Marcus firmó con los malasios sigue en pie. De momento, los planos no valen para nada. De hecho, es posible que se los tenga que dar a la policía. Son una prueba.

Ella sonrió.

—Eso es genial.

—¿Genial?

—Claro. Ya tienes los planos en tu poder y el asunto se solucionará más tarde o más temprano, de modo que puedes seguir con tu vida. Ahora puedes tomar tus propias decisiones.

—¿Seguir? ¿Decisiones? Eso es precisamente lo que no puedo hacer. ¿Qué pasaría si nunca recuperara los derechos de mi trabajo? Tengo que demostrar que es mío, y Steven afirma que se lo vendí. Hasta tiene un documento con mi firma en él, según me han contado,

y por culpa del accidente ni siquiera recuerdo haberlo firmado.

—Porque probablemente no lo hicieras. Seguro que es una falsificación.

—Tal vez, pero el proceso será largo de todas formas. De todos modos hablé con mi antiguo abogado y me aseguró que yo nunca habría firmado un documento como ese sin pedirle consejo antes.

—¿Lo ves? Tengo razón.

Adam negó con la cabeza.

—Aunque pueda demostrar que Steven miente, no hay garantía alguna de que otra empresa quiera comprar mi diseño. La mala publicidad...

—Deja de preocuparte tanto. También se te podría caer el techo en la cabeza y sin embargo no piensas en ello.

—Este asunto no tiene ninguna gracia, Sydney.

—Yo no he dicho que la tuviera.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Que te has pasado todo un año recuperándote del accidente y que luego te has enclaustrado para lamerte las heridas. Ahora ya tienes las respuestas que querías, así que es hora de que sigas adelante. Es hora de que agarres al toro por los cuernos y de que disfrutes un poco de la vida.

Sydney se acercó entonces a él y se apretó contra su cuerpo. Como llevaba la camisa abierta, Adam pudo sentir el calor de su piel contra el pecho.

—Suenan muy fácil...

—Pues me temo que no lo será —dijo, antes de besarle en la boca—. Pero de todas formas, yo ya estoy harta de las cosas demasiado fáciles. Quiero algo difícil para variar, y debo decirte que te amo, Adam. Me gustaría poder decirte que estaba enamorada de ti hace un año, pero entonces no era capaz de amar. De haberlo sido, nunca me habría alejado de ti. Nunca.

—Pero solo llevamos juntos un par de días...

La argumentación de Adam era muy buena, pero él también sabía que se había enamorado de ella.

—El amor es mi negocio, Adam. Siempre he intentado separar el negocio del placer y la fantasía de la realidad. Pero ya no puedo hacerlo. No cuando te amo y cuando te deseo con toda mi alma.

Sydney dejó caer la sábana que envolvía su cuerpo, le acarició el cabello y lo besó.

Él la tomó de la cintura y la apartó un poco.

—¿Cómo me deseas, Sydney?

—Para empezar, desnudo.

—Me refiero a si me deseas como amante, como amigo, como marido...

—Todo eso la vez. Lo quiero todo y lo quiero ahora.

—No puedo dártelo todo, Sydney. Sé que quieres que siga con mi vida y lo haré, pero no es el momento más oportuno. No puedo hacerte ninguna promesa cuando ni siquiera tengo futuro.

—¿No puedes, o no quieres?

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó él.

—Por supuesto que sí. No poder es muy distinto a no querer — dijo en voz baja—. Adam, no pretendo acelerar las cosas, pero...

—Sí, sí lo pretendes —la interrumpió.

—Es cierto, tienes razón, no tengo paciencia y nunca la tendré. Cuando quiero algo, lo quiero de inmediato y hago lo posible para conseguirlo.

—Conmigo no has tenido que esforzarte demasiado tiempo...

Sydney sonrió y sus ojos verdes brillaron. Adam sabía que se había entregado a él más que a ningún otro hombre y no dudaba de sus sentimientos, pero solo hacía unos días que la conocía. En tales circunstancias, casarse con ella habría sido una locura.

—Ah, comprendo... De modo que quieres que te dedique más tiempo —dijo Sydney, sin dejar de sonreír—. Bueno, eso se puede arreglar.

Sydney introdujo una mano por debajo de la camisa de Adam, pero él se la apartó.

—No me refería a eso, Sydney. Tal vez haya llegado el momento de que aprendas a ser más paciente.

Adam la empujó para que se tumbara en la cama y acto seguido añadió:

—Quédate quieta.

—Pero...

—Y no hables a menos que te dirija la palabra. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Haré lo que quieras.

—Ya lo veremos. Pero de momento, cierra los ojos. Te voy a hacer la primera de tus pruebas de paciencia.

—¿Cuántas pruebas vas a hacerme?

—No lo sé. Ya has suspendido en el examen de silencio.

Sydney dejó de hablar.

—¿Has cerrado los ojos? —preguntó él.

Ella no contestó y Adam supo que estaba dispuesta a seguirle el juego y a no decir nada. Entonces, miró a su alrededor, vio sus medias sobre una silla y tuvo una idea. Quería demostrarle que una seducción lenta podía merecer la pena.

—Pareces algo tensa, Sydney. ¿Por qué no separas las piernas un poco? Deja que te vea...

Sydney sonrió y separó las piernas.

Mientras tanto, él sacó un vestido verde del armario. Tenía intención de vestirla por completo para tener el placer, después, de desnudarla.

—Y ahora, dime lo que quieres, Sydney.

—¿Para qué? ¿Para qué me obligues a esperar por ello? ¿Para enseñarme alguna lección? Soy una mujer adulta, Adam.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Insinúas que lo sabes todo?

—Sé que te amo.

—Y yo sé que te amo a ti.

Sydney abrió los ojos, sorprendida.

—¿Me amas?

—Creo que sí, sinceramente. Creo que me he enamorado de ti.

—Entonces, ¿por qué seguimos jugando? Hazme el amor, Adam.

—Y luego, ¿qué?

—No lo sé. Luego, podríamos volver a hacer el amor. O ir a mi casa de Florida, seguir jugando y establecer nuestras propias normas.

—¿Nuestras normas, o las tuyas? Tú quieres casarte. Yo no, pero te deseo. Hay personas que no aceptarían eso.

—Yo no soy así.

—No, eso es cierto —dijo él, sonriendo como un tonto.

Sydney notó entonces que llevaba uno de sus vestidos en una mano y preguntó:

—¿Qué haces con ese vestido verde?

—Pretendía ponértelo para tener el placer de quitártelo después.

Ella asintió.

—Así que esa era la lección de paciencia...

—De paciencia, de tentación, de seducción...

—¿Sabes lo que Mae West decía sobre la tentación?

Sydney se levantó de la cama y acercó una silla.

—No, ¿qué decía?

—Decía que siempre evitaba la tentación a menos que no pudiera resistirse a ella.

Entonces, Sydney puso una pierna sobre la silla y recogió las medias con intención de ponérselas poco a poco.

—¿Y no podrías hacer las cosas a mi modo por una vez? —preguntó él.

Ella respondió con una sonrisa maliciosa y comenzó a ponerse las medias.

—Soy incapaz de resistirme a ti, Adam Brody, así que intentaré ser paciente. Pero ahora, siéntate y obsérvame mientras te demuestro

que puedo tomarme las cosas con mucha calma.

# Epílogo

Ya casi era la hora.

Aunque lo había intentado con todas sus fuerzas a lo largo de los ocho últimos meses, Sydney había llegado a la conclusión de que la paciencia no era lo suyo.

Desde aquella noche en Baltimore, cuando Adam la obligó a experimentar los placeres de una seducción lenta, Sydney supo que su capacidad para olvidarse de la gratificación inmediata no duraría demasiado. De hecho, le extrañaba haberlo conseguido durante doscientos cuarenta y tres días. Pero el recuerdo de haberse vestido para Adam, y de haber permitido después que la desnudara, aún encendía en ella una profunda pasión. El amor la había llevado a un mundo lleno de posibilidades, incluso en lo relativo al sexo. Y disfrutaba cada segundo de ello.

Sin embargo, estaba harta de esperar.

Sydney contempló los bosques de Florida desde la plataforma que debía convertirse en el tercer dormitorio de la casa.

Estaba anocheciendo y aquella noche les traería un nuevo principio; los liberaría del pasado y podrían comenzar de nuevo, juntos.

Steven Malcolm estaba en la cárcel desde la semana anterior. Lo habían condenado por su participación en el atropello de Adam, a pesar de que había colaborado desde el principio con la policía para conseguir una pena más leve. Lamentablemente, los culpables directos de la agresión habían conseguido huir; al parecer, se habían marchado del país.

Sin embargo, tanto Adam como ella estaban contentos. Steven iba

a pagar por lo que había hecho, y no solo con quince años de cárcel, sino también con su reputación. En cuanto a los planos, Adam había recuperado sus derechos y se había convertido en un hombre rico, pero a ella le interesaba mucho más que estuviera construyendo su propia casa y que fueran a casarse en cuanto terminara la obra.

Además, su amor por Adam había revitalizado su amor por la literatura. Estaba escribiendo una nueva novela, sobre un hombre que padecía amnesia y una mujer que intentaba ayudarlo a recobrar la memoria. Si seguía trabajando a ese ritmo, conseguiría terminarla antes de la boda y de la luna de miel.

Cuando oyó el sonido de la camioneta de Adam, supo que llegaría a la casa en cuestión de segundos. Se asomó al camino para asegurarse de que estaba solo y acto seguido se dirigió a la cama que acababan de recibir aquella misma mañana. Había tenido que pagar algo más para conseguir que se la llevaran el domingo, pero el precio había merecido la pena: los albañiles que trabajaban en la casa tenían el día libre, así que estarían solos.

Se tumbó en la cama, y esperó. Había llenado la casa de notas para animar a Adam a subir al piso superior, y no tardó en aparecer.

—¿Sydney?

Sydney notó el deseo en su voz; la noche era fresca, pero ella sentía un intenso calor. No llevaba más ropa encima que tres pañuelos rojos: uno, atado alrededor de sus senos; otro, a modo de braguitas; y el tercero, anudado al cuello. En el último había colocado los anillos que había comprado en una joyería de Nueva Orleans.

La idea de ponerle el más grande de los anillos a Adam, la estremeció.

—¿Sydney?

Adam apareció unos segundos después en el umbral del dormitorio y dijo:

—Vaya, he aquí un regalo que estoy deseando desenvolver.

—Paciencia, Adam...

Adam se apresuró a desnudarse y Sydney no pudo contener la risa. Muchas veces, durante los últimos ocho meses, había sido ella quien lo había torturado exigiéndole paciencia; pero casi siempre había sido él. Sin embargo, en esa ocasión parecía tener mucha prisa.

Cuando estuvo totalmente desnudo, Adam se metió en la cama con ella.

—No esperarás que hoy sea paciente, ¿verdad? Te marchaste a Nueva Orleans sin decir una palabra, te quedas fuera toda una semana y luego me llamas por teléfono para decirme que estas aquí, esperándome.

Ella rio.

—Te prometo que la espera habrá merecido la pena. Pero antes, tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo? Yo diría que tienes tres —dijo, mirando los tres pañuelos que llevaba—. ¿Puedo elegir cuál abro en primer lugar?

Sydney se estremeció al pensar en la decisión que tomaría. Pensó que le quitaría en primer lugar el pañuelo que cubría sus senos; más de una vez la había torturado durante minutos y minutos sin hacer otra cosa que concentrarse en sus pechos y desesperarla por completo. Pero después pensó que le quitaría en primer lugar el pañuelo que cubría su sexo, y deseó sentirlo de nuevo en su interior.

No era lo que había planeado, pero en ese momento le habría dado igual.

—No, tienes que quitarme el pañuelo del cuello.

—¿El del cuello? Está bien...

Adam obedeció y se lo quitó. Solo entonces, notó que en el pañuelo estaban enganchados dos anillos.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—El más grande es para que te lo pongas en el pene. El segundo, es un aro para tu oreja.

—¿Y de dónde los has sacado?

—Los compré en Nueva Orleans, en una tienda especializada en

joyería erótica.

Adam tomó los anillos, contempló el más grande y dijo:

—Me parece que está pensado para un hombre más pequeño que yo.

—Descuida, es ajustable. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que acabo de regalarte un anillo. ¿No lo comprendes?

Adam tardó un momento en entender el sentido simbólico de su regalo. Y cuando lo hizo, estalló en carcajadas.

—Solo a ti se te ocurriría regalarme un anillo para el pene con la intención de pedirme que me case contigo.

Ella se encogió de hombros.

—Soy terrible, ya lo sabes. ¿Qué puedo decir?

Adam tomó los pantalones que se acababa de quitar y dijo:

—Veamos qué te parece el regalo que te he comprado a ti.

Entonces, él metió una mano en uno de los bolsillos y extrajo una pequeña cajita. Sydney la abrió y descubrió un anillo de diamantes con una enorme y brillante esmeralda central.

Al verlo, se quedó literalmente sin habla.

—Cásate conmigo, Sydney. Puede que de vez en cuando sea un hombre muy tradicional, pero mi vida no estaría completa sin ti.

Sydney abrió la boca para aceptar su ofrecimiento. Sin embargo, no fue capaz de decir nada. Sus ojos se llenaron de lágrimas y él tomó su rostro entre las manos.

—¿Te has quedado sin palabras? ¿Quieres que llame a un médico?

—Puedes llamar a quien quieras, pero nadie creerá que me has dejado sin habla. Oh, Adam, esto es maravilloso...

—Tú eres maravillosa. Y también imprevisible y excitante. No podría amarte más de lo que ya te amo ahora. Por favor, Sydney Colburn, cástate conmigo.

Sydney cerró los ojos durante un momento, emocionada.

—¿Me prometes que te pondrás mi regalo cuando yo te lo pida?

Él alzó los ojos al cielo.

—Ya soy tu esclavo amoroso, Sydney. Si me prometes que mi vida no será nunca aburrida, te prometo que haré realidad todas y cada una de tus fantasías.

—Sí, Adam, sí, me casaré contigo.

Cuando Adam la tumbó en la cama y le quitó los dos pañuelos que aún llevaba puestos, Sydney supo que no solo había aprendido las ventajas de tomarse las cosas con paciencia, sino que también había encontrado a un hombre que haría de su vida un paraíso. Ahora, y siempre.

**Fin**

